

BOLSILIBROS  
BRUGUERA



SERIE  
**PUNTO  
ROJO**

# las plantas carnívoras muerden

clark carrados



COLECCION

# PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**LAS PLANTAS  
CARNÍVORAS  
MUERDEN**

Colección PUNTO ROJO n.º 413

Publicación semanal  
Aparece los SÁBADOS



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO  
- RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 3.585 – 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.<sup>a</sup> edición: marzo, 1970

© CLARK CARRADOS - 1970

sobre la parte literaria

© DESILO - 1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,  
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personales y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.155. — Tribunal secreto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032. — Saldo deudor: la vida.

En Colección BÚFALO:

855. — Guerra sin tregua.

En Colección CALIFORNIA:

676. — Bandera para forajidos.

En Colección COLORADO:

648. — Fuego en el río.

En Colección KANSAS:

588. — La larga sombra del ahorcado.

En Colección BRAVO OESTE:

373. — La marca borrada.

En Colección PUNTO ROJO:

410. — Teléfono para un asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

726. — ¿Quién paga la pólvora?

En Colección ASES DEL OESTE:

453. — Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

122. — Un billete de oro puro.

## CAPÍTULO PRIMERO

EL hombre qué estaba sentado junto a la chimenea hizo un ligero gesto con la cuenca del ojo izquierdo y el monóculo se desprendió, quedando colgado de un fino cordón de seda negra.

—En efecto, así es —dijo.

—Muchas gracias, lord Cullmond. Ahora, por favor, ¿tiene la bondad de informar a mis lectores de sus próximos proyectos?

La pregunta había sido formulada por una muchacha de unos veintitantos años, de bonita figura y rostro agraciado, quien, sentada frente al dueño de la mansión, sostenía una libreta con sus rodillas.

Lord Cullmond carraspeó pedantescamente y, con voz engolada, contestó:

—El primero de todos, y espero se vea realizado muy pronto, es un viaje a las selvas brasileñas, donde espero encontrar nuevos ejemplares de mis plantas favoritas...

Un ruido de motor de automóvil se oyó en el patio de la mansión. Lord Cullmond continuó informando a los lectores de *The Merry Week*, la revista de Sybil Doary, acerca de las múltiples cosas que pensaba hacer en las selvas brasileñas.

—Con una parada previa en Copacabana —dijo lord Cullmond, con una risita que a Sybil pareció absolutamente necia—. El espíritu necesita de la ciencia, pero también, en ocasiones, precisa ocuparse en cosas de mínimo esfuerzo mental que alivien la tensión...

Llamaron a la puerta. Lord Cullmond interrumpió su detestable discurso para decir:

—¡Adelante, Jenkins!

Un impasible mayordomo, con cara de palo, penetró en el salón, portador de una caja de forma cúbica, cuidadosamente embalada.

—Milord, acaban de traer este encargo para usted —dijo el mayordomo.

—¡Oh! —exclamó el dueño de la mansión—. Si es lo que me figuro...

Y, abandonando por un momento su relamida actitud, se puso en pie, a la vez que rogaba a Sybil le excusara por unos momentos.

—Aquí está el recibo, milord —indicó Jenkins.

—Oh, sí, muchas gracias, lo firmaré ahora mismo. Dele un chelín de propina al mandadero, Jenkins. Luego diga a mi secretario que lo anote en gastos generales.

—Sí, milord.

Sybil ocultó una sonrisa mientras se ponía en pie y caminaba hacia uno de los ventanales del gran salón, en donde estaba haciendo la entrevista al dueño de la mansión. Se decía que lord Cullmond era inmensamente rico, pero quienes tenían tratos económicos con él, lo dudaban a causa de su tacañería.

Jenkins apareció en el patio y entregó el recibo a un sujeto vestido con mono azul claro y gorra de visera a cuadros. Desde la ventana, Sybil pudo apreciar que el mandadero tenía una nariz ridículamente pequeña.

El mandadero tomó la moneda. Sonreía sarcásticamente, apreció Sybil, mientras a sus espaldas oía los crujidos del papel que envolvía el paquete que acababan de traer para lord Cullmond.

Instantes después, el mandadero subió a una furgoneta de reparto, en cuyos costados podía leerse: Nickerson. Flowers. Pellfort. Y un número de teléfono, pero Sybil no reparó en la cifra.

La furgoneta arrancó. Sybil escuchó una fuerte exclamación.

—¡Aquí, aquí está! —dijo lord Cullmond, con acento que expresaba una gran alegría.

Sybil se volvió. Encima de una mesa vio una singular caja de forma cúbica, de casi sesenta centímetros de lado y transparente en su mayor parte, excepto por la base, que alcanzaba casi los veinte centímetros de altura.

Dentro de la caja había una flor. Sybil parpadeó.

—¿Qué clase de flor es esa, lord Cullmond? —preguntó.

—Acérquese, acérquese, señorita Doary —dijo el dueño de la casa, accionando vivamente un brazo—. Venga y verá el más maravilloso ejemplar de *Drósera rotundifolia odorata* que jamás han contemplado sus ojos.

—Dróser... Jamás había oído ese nombre —confesó Sybil, mientras contemplaba la flor, que con tallo incluido alcanzaba a más de treinta y cinco centímetros de altura.

—Es una planta carnívora, señorita —exclamó lord Cullmond, lleno de un júbilo que para Sybil resultaba inexplicable—. Pero mi amigo Peter Bass, un notable botánico, ha conseguido, al cabo de muchísimos años de investigaciones y trabajos, no solo aumentar varias veces el tamaño de la flor, sino también hacer que despidan un perfume sumamente agradable. Este ejemplar es uno de los primeros salidos de su invernadero y, créame, no tiene precio.

Para Sybil, aquella alegría seguía siendo inexplicable. La flor era horrible, aunque se abstuvo muy bien de manifestarlo.

—Peter Bass me la ha enviado en una capa especialmente acondicionada —siguió lord Cullmond—. Pero la temperatura de esta sala es excelente y no hay inconveniente en que quite la cubierta por unos momentos. ¡Quiero aspirar el perfume de la primera *Drósera*!

Instintivamente, Sybil se fijó en la larga y bulbosa nariz de lord Cullmond, cuya abundancia de venillas superficiales le confería el aspecto de un pimiento morrón bien maduro.

«¡Unos tanto y otros tan poco!», pensó divertidamente, al recordar la escasez de apéndice nasal que poseía el mandadero que había traído la flor.

Lord Cullmond levantó suavemente la tapa y la dejó a un lado. Luego contempló la flor, juntando las manos con expresión de éxtasis.

—¡Qué maravilla, qué maravilla!

Sybil aspiró el aire.

—Pero yo no huelo nada, lord Cullmond... —dijo.

—¿Cómo? —Lord Cullmond frunció el ceño—. Es verdad —añadió—, no se huele nada. Tal vez mi amigo el botánico... aunque quizá es que yo estoy situado demasiado lejos de la *Drósera*.

La nariz de lord Cullmond se acercó a la corola de la flor, que, aparentemente, solo tenía dos pétalos, adornados de unas salientes

espinas oscuras en sus bordes, semejante a dientes de tiburón, en íntima y silenciosa opinión de la periodista.

—Pues no... no huele nada... —murmuró lord Cullmond—. Aunque acaso el viaje...

Su nariz se metió literalmente dentro de la corola de dos pétalos. De pronto, aquellas mandíbulas vegetales se cerraron de golpe sobre la nariz.

—¡Ay! —dijo lord Cullmond, a la vez que pegaba un salto atrás.

Sybil estuvo a punto de soltar la carcajada. El gesto de lord Cullmond y la «mordedura» de la flor carnívora habían resultado dignos de la mejor escena del cine mudo cómico.

—Esa planta carnívora me ha mordido —dijo lord Cullmond, con un pañuelo puesto sobre la nariz.

—Es lo que se espera que haga una planta carnívora, ¿no? —sonrió Sybil—. ¿Le han pinchado las espinas de los pétalos?

Lord Cullmond retiró el pañuelo de su nariz y vio en él unos puntitos rojizos de inequívoco significado.

—Tendrá que dispensarme, señorita —rogó—. Voy al lavabo a curarme...

De pronto, vaciló y se tambaleó.

—¿Qué me sucede? —gimió—. Me mareo... lo veo todo borroso... ¿Dónde está usted, señorita Doary? ¡Jenkins! ¡Jenk...

La última palabra se convirtió en un suspiro inaudible. Horrorizada, Sybil vio que lord Cullmond se vencía hacia adelante, estrellándose contra el suelo, en donde quedó completamente inmóvil a los pocos instantes.

Sybil echó a correr hacia la puerta y la abrió.

—¡Jenkins, corra! —gritó—. ¡A lord Cullmond le ha sucedido algo espantoso!

De repente, se oyó una sorda explosión en la sala.

Sybil volvió la cabeza.

Una espesísima humareda, de cuyo seno brotaban vivas llamaradas, se desprendía de la base de la caja, donde había estado plantada la flor carnívora. El olor era nauseabundo, repelente y Sybil se vio obligada a ponerse un pañuelo perfumado ante la nariz.

Minutos después, planta y base de la caja habían desaparecido por completo. Como único rastro del envío del botánico amigo de lord Cullmond solo quedaba la tapa transparente de la caja.

Y el cadáver de lord Cullmond, naturalmente.

\* \* \*

Dos semanas más tarde, Sybil tuvo que hacer una entrevista.

El sujeto digno de su atención periodística era un hombre joven, de unos treinta años, llamado Robert Mayr (Bob para los íntimos).

La profesión de Mayr era cazador.

—De mariposas —aclaró Mayr con una alegre sonrisa, al contestar a las primeras preguntas de Sybil—. Y de chicas guapas, si se tercia.

—Y si se dejan —rio ella—. Usted no tiene aspecto de naturalista, sino de *play-boy*.

—Oh, es que por el día hago de una cosa y por la noche me divierto.

—Hacer el *play-boy* cuesta dinero, profesor Mayr.

—Tengo dinero y, por favor, llámeme Bob, como hacen todos los amigos. Usted también es amiga mía, ¿verdad?

—Si no se opone...

Mayr contempló con ojos críticos la esbelta figura de la muchacha.

—¿Cómo podría oponerme? —preguntó—. Pero, siga, siga con sus preguntas, Sybil. ¿Le importa que la llame Sybil?

—A menos que le guste otro nombre...

Mayr se echó a reír.

—Es usted muy aguda —observó. De pronto llamaron a la puerta—. Dispénsame un momento, Sybil.

—Claro, Bob.

Mayr se puso en pie y abandonó el amplio despacho en que tenía lugar la entrevista. En las paredes libres de los estantes abarrotados de libros, se veían numerosos cuadros llenos de mariposas debidamente colocadas y protegidas. Algunas de las mariposas eran realmente hermosas.

Sybil se puso en pie y miró a través de la ventana. Bob Mayr vivía en una casa de campo, situada a unos treinta kilómetros de Londres, en un lugar realmente atractivo. La casa, de no grandes dimensiones, aunque no falta de espacio en modo alguno, estaba rodeada por un bonito jardín, en el que abundaban los rosales.

Al otro lado del jardín, Sybil divisó una furgoneta de reparto

parada junto a la entrada. Un hombre salió de la casa y se dirigió hacia la furgoneta.

En el momento de llegar a la entrada del jardín, el hombre se volvió un instante y miró hacia la casa.

Sybil abrió los ojos desmesuradamente.

—¡El Chato! —exclamó, sin poder contenerse.

—¿Cómo dice usted? —preguntó Mayr, que entraba en aquellos momentos con un paquete en las manos.

Sybil leía en aquel momento el rótulo pintado en el costado de la furgoneta: Nickerson. Flowers. Pellfort.

—¡Ah, ya ha llegado! —exclamó Mayr de pronto.

Sybil se volvió hacia el joven profesor.

—¿Qué es eso? —preguntó, al ver la caja del tamaño de un libro que Mayr desenvolvía en aquellos momentos.

—Una mariposa que no figura en mi colección —respondió Mayr—. No le digo el nombre latino, porque es muy enrevesado, pero bástele saber que es un ejemplar muy difícil de conseguir y...

Mayr hizo una bola con el papel de embalaje y lo arrojó a una papelera cercana. Luego se dispuso a abrir la caja plana, de tapa transparente, en cuyo interior podía verse una gran mariposa, con alas de bellísimos dibujos coloreados.

—¡Bob! —gritó Sybil de pronto, sintiendo una extraña aprensión—. Deje quieta esa caja. No la abra si quiere seguir con vida.

## CAPÍTULO II

LOS ojos de Mayr contemplaron con extrañeza a su hermosa visitante.

—¿Qué está diciendo, Sybil? ¿Acaso cree que contemplar esta mariposa con una lupa encierra un peligro mortal?

—Sí —contestó ella con vehemencia—. No la abra, se lo ruego.

Miró hacia la ventana. La furgoneta de la floristería de Nickerson había desaparecido.

—Se han marchado —dijo, decepcionada.

—Pero, vamos a ver... —Mayr se rascó la cabeza, perplejo—. ¿Quiere explicarse de una vez, Sybil?

—¿Recuerda usted la muerte de lord Cullmond?

—Sí, lo leí en los periódicos. Una intoxicación o algo por el estilo, creo.

—Le mordió una planta carnívora.

Mayr respingó.

—¡Demonios!

—Así es. Yo estaba delante y vi cómo la *Drósera* le mordía en la nariz. Instantes después, lord Cullmond caía muerto.

—¡Pero esto es una mariposa! —exclamó él.

—Ya lo estoy viendo. Dígame, ¿no se la ha traído un tipo muy chato?

—Sí, en efecto.

—La furgoneta de reparto es de la floristería Nickerson, de Pellfort. El día en que murió lord Cullmond, yo vi al Chato y a la misma furgoneta. ¿Tiene usted enemigos, Bob?

—Hombre, de momento, así tan repentinamente, no caigo...

Sybil se acercó a la caja, de las dimensiones de un libro corriente, incluso en el grosor. La tapa era completamente transparente y estaba sujeta por unas pequeñas bisagras y una presilla a la base.

—Antes dijo que usted es rico —habló ella de nuevo.

—Bueno, me defiende —sonrió Mayr, con las manos apoyadas todavía en la caja.

—Lord Cullmond me confesó poseer una inmensa fortuna. Alguien se beneficiará con su muerte, indudablemente.

—En esas circunstancias, siempre surgen herederos por todas partes —rio Mayr.

—¿Cuáles son los suyos? —preguntó Sybil.

—¿Mis herederos? No tengo...

—¿Ha dejado su dinero a alguna sociedad benéfica?

—¡Ni siquiera he hecho testamento!

—De todas formas, pensaban asesinarle.

—¡Sybil, por favor!

—Espere un momento —rogó ella—. Apártese de la caja.

El naturalista obedeció. Sybil se acercó a la mesa y movió la caja, situándola frente al sillón de alto respaldo en que se sentaba Mayr de ordinario para trabajar.

Sybil tanteó con las manos la presilla de apertura, que quedaba frente al respaldo del sillón. Levantó la tapa transparente y casi en el acto se oyó un ligero tañido musical.

La mariposa salió despedida con gran violencia, como disparada por un arco. Chocó contra el respaldo, pero, en lugar de caer, quedó sujeta a él, en posición casi perpendicular.

—¡Rayos! —exclamó el joven, perplejo.

Sybil volvió la vista a la caja. Acordándose de lo sucedido el día de la muerte de lord. Cullmond, pegó un manotazo a la caja y la tiró al suelo.

—¡Bob, corra al frigorífico y tráigame un par de sifones, rápido!

Mayr obedeció instintivamente. La caja empezó a humear.

Sybil volvió la vista. La mariposa también despedía humo.

Una súbita idea se le ocurrió de repente. Agarró una regla y pegó un golpe seco en el centro del cuerpo de la mariposa.

La mariposa cayó, despidiendo una gran cantidad de humo. La

caja ardía también y todos cuantos intentos hicieron los dos jóvenes para extinguir las llamas resultaron inútiles.

Mayr tuvo que abrir la ventana para que se disipase el humo.

—No lo entiendo, no lo entiendo —dijo.

—Los rastros que han quedado son mínimos —manifestó Sybil—. Me parece que los especialistas poco van a poder hacer, como en el asesinato de lord Cullmond.

—Pero a él le mordió la planta carnívora.

—Y a usted le hubiera matado la mariposa.

—¡Oh, absurdo! Tiene que tratarse de una broma pesada, Sybil.

—¿Broma? ¿Es que no recuerda que la mariposa saltó disparada con gran violencia?

—¿Y qué? No tiene aguijón...

—Bob, se quedó clavado en el respaldo del sillón.

Mayr abrió los ojos desmesuradamente.

—Demonios —masculló.

Agarró la lupa que había sobre la mesa y se acercó al sillón. Al cabo de unos instantes, divisó un diminuto orificio en el tejido, de unos dos milímetros de diámetro.

—¿Cómo tiró la mariposa al suelo? —preguntó él.

—Le di un golpe con la regla...

Mayr abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo unas pinzas, con las cuales forcejeó durante unos segundos en la tapicería del sillón. Al fin se volvió, manteniendo las pinzas en alto.

—El aguijón —exclamó.

Sybil se acercó y contempló aquel trocito de metal, semejante a una aguja, cuyo brillo estaba empañado por una sustancia oscura, de apariencia viscosa.

—El veneno —dijo.

—Sí —confirmó Mayr, sumamente preocupado—. No hay duda. Lo lógico hubiera sido que yo abriese la caja, situándome frente a la presilla. La mariposa, entonces, habría saltado y su aguijón se me habría clavado en el pecho o en la cara...

—Incluso, de costado, la aguja se le habría clavado a usted en el brazo —dijo ella.

—Sí, y gracias a usted estoy vivo, Sybil. Pero, ¿por qué querían matarme?

—¿No ha dicho antes que es rico?

—Tengo un buen pasar —sonrió él.

—Bien, pero una vez muerto, su dinero habría ido a parar a manos de...

—¿A manos de quién, Sybil?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, Bob.

—Alguien me envió la mariposa, que no es la tienda donde yo la había encargado hacía muchísimo tiempo —el acento de Mayr sonaba preocupado—. No ha sido mi proveedor, pero sí alguien que conocía muy bien mis aficiones.

—Como las de lord Cullmond.

—En efecto —Mayr contempló la aguja envenenada—. Tengo en casa un pequeño laboratorio; realizaré un análisis y así sabré la clase de veneno de que se trata.

Sybil recogió su bolso y el cuaderno de notas.

—Tengo que irme, Bob —manifestó—. ¿Avisará a la policía?

Mayr hizo un signo negativo con la cabeza.

—¿Para qué? No conseguiríamos nada, Sybil.

—Como quiera, Bob. Me gustaría conocer el resultado del análisis.

—La llamaré por teléfono apenas haya terminado —prometió él.

\* \* \*

El timbre del teléfono sonó bruscamente. Adormilada, Sybil sacó un brazo de las sábanas y agarró el aparato.

—Sybil Doary —dijo—. ¿Quién es el canalla que me despierta tan temprano?

—¿Temprano? Son las diez y media de la mañana, muchacha.

—¡Bob! —exclamó ella, al reconocer la voz del naturalista.

—El mismo que viste, calza... y se ha pasado la noche casi en vela —respondió Mayr—. Por eso usted ha dormido más, puesto que yo me acosté muy tarde y me he levantado hace solo unos minutos.

—¿Ha encontrado algo, Bob? —preguntó ella.

—Curare.

Sybil se sentó de golpe en la cama.

—¡Curare! —repitió.

—Sí, el temible veneno de los indios de las selvas amazónicas.

Hubiera muerto en menos de cinco minutos, de no haber sido por usted, Sybil.

—No sabe cuánto me alegro que el asesino haya fallado su golpe —dijo ella sinceramente—. ¿Qué piensa hacer ahora, Bob?

—Usted habló de la floristería Nickerson, de Pellfort, y de un repartidor chato.

—Sí, Bob.

—¿Le gustaría venir conmigo a Pellfort? Se le ofrece la posibilidad de hacer un reportaje sensacional.

—No dejaría de acompañarle por nada del mundo —aseguró Sybil con vehemencia—. ¿Dónde está Pellfort, Bob?

—A sesenta kilómetros de donde yo vivo. Venga y reúnase conmigo, Sybil.

—Tardaré más de una hora, Bob.

—No importa. El tiempo no cuenta, Sybil.

—Muy bien; entonces, voy a vestirme inmediatamente. Hasta ahora, Bob.

Sybil colgó el teléfono y saltó de la cama. Medio minuto más tarde, estaba metida bajo la ducha.

\* \* \*

Había dado ya la una de la tarde, cuando entraron en Pellfort, una pequeña población de casas de uno y dos pisos, con tejados de pizarra y una calle principal muy limpia y bien pavimentada.

—Nos detendremos aquí a preguntar —dijo Bob, frenando delante de una taberna, cuya muestra era un tigre en actitud de atacar.

—Me parece muy bien —aprobo Sybil.

Entraron en la taberna. Mayr se dirigió rectamente al mostrador, donde un tipo gordo y calvo leía las últimas informaciones deportivas.

—Buenas tardes —saludó cortésmente.

El tabernero se enderezó un tanto.

—Buenas tardes. ¿Qué van a tomar?

—Perdón, hemos venido en busca de una información —dijo Mayr.

—La floristería Nickerson —añadió Sybil.

El tabernero miró a la pareja con aire de perplejidad.

—¿Floristería Nickerson? —repitió.

—Sí, justamente —confirmó Mayr.

—¿Podría usted indicarnos dónde está? —rogó Sybil.

—No hay ninguna floristería Nickerson en Pellfort —declaró el tabernero.

Mayr parpadeó, asombrado.

—¿Cómo es posible tal cosa? —preguntó.

—Lo siento —dijo el individuo—. Conozco bien la población, aunque llevo menos de dos años en ella. Repito, no hay ninguna floristería de ese nombre. Ni de otro cualquiera; Pellfort es demasiado pequeña para mantener un establecimiento de esa clase. Aquí, cada cual se cuida sus propias flores.

—¡Oh! —dijo Sybil, desalentada.

Mayr se mordió los labios.

—En ese caso, hemos perdido el tiempo —murmuró.

—De todas formas —añadió el tabernero—, quizá existiera esa floristería antes de mi llegada a Pellfort. ¿Por qué no preguntan en Carnard Garden?

—¿Carnard Garden? ¿Qué es eso? —preguntó Sybil.

—Está a unos tres kilómetros al noroeste de la población. Salgan en dirección norte y desvíense a trescientos metros. Hay un cartel indicador.

—Deduzco que allí se cultivan flores —sonrió Mayr.

El tabernero meneó la cabeza.

—En tiempos, creo que sí. Ahora es una granja, pero sigue conservando el nombre antiguo. Su dueño es Joe Heenan. Pregúntenle a él. Tal vez sepa algo.

—Está bien, muchas gracias —Mayr depositó una moneda en el mostrador—. Adiós, amigo.

Salieron a la calle.

—¿Qué le parece la pista, Sybil? —preguntó él.

—A falta de otra cosa... Vamos a Carnard Garden, Bob.

Mayr abrió la portezuela y Sybil entró en el coche. Acto seguido, el naturalista ocupó su asiento y dio el contacto.

A trescientos metros de la aldea encontraron el cartel indicador. Mayr viró a su izquierda y el coche entró en un camino angosto, con pavimento de tierra, pero en buen estado.

Minutos después se detenían ante una valla blanca, con una

especie de puerta, sobre la que se podía leer un rótulo pintado en letras negras sobre fondo amarillo pálido: «CARNARD GARDEN. J. HEENAN, Prop.».

—Aquí es —dijo Mayr, al tiempo de abrir la portezuela del vehículo.

Sybil se apeó también. Luego, los dos se acercaron a la puerta.

—Vamos a ver cómo se llama aquí al dueño de la granja —murmuró el naturalista.

Buscó un pulsador o algo por el estilo. A lo lejos, a más de quinientos metros, se divisaba una casa de rojo tejado, escondida entre árboles.

—No se ve a nadie —dijo Sybil.

Y en el mismo momento sonó un disparo de arma de fuego a menos de treinta pasos de distancia.

—¡Al suelo, Sybil! —gritó Mayr instantáneamente.

El segundo disparo se oyó un par de segundos más tarde. Luego volvió el silencio.

\* \* \*

Tendido sobre las hierbas del pie de la valla, Mayr volvió los ojos hacia Sybil.

—No tenemos armas... —murmuró.

Ella estaba muy pálida.

—¿Qué haremos, Bob? —preguntó.

Sonó otro disparo. Y otro, medio segundo después.

Luego se oyó un atronador juramento.

—¡Malditos pajarracos!

Había alguien en las inmediaciones. Mayr alzó la voz:

—¡Eh, no tire! ¡Nos rendimos!

Y sacó un pañuelo blanco para hacer más ostensibles sus deseos de paz.

Los matorrales próximos crujieron. Un hombre, armado con una escopeta de caza, apareció ante los ojos de los dos jóvenes.

—¿Qué hacen ustedes ahí? —inquirió el sujeto, asombrado.

—¿Podemos ponernos en pie? —preguntó Mayr.

—Naturalmente. No van a pasarse la vida tumbados sobre la hierba.

—Es que... verá... —dijo Sybil—, creíamos que nos tiroteaban...

—Oigan —rezongó el sujeto—, yo no disparo contra las personas, sino contra esas malditas urracas que devastan mis campos. Me llamo Fred Smith y soy el dueño de esta granja. ¿Quiénes son ustedes?

Mayr se sacudió la ropa con las manos. Dio su nombre y el de la muchacha, y añadió:

—Hemos venido a Pellfort buscando la floristería Nickerson, pero no hay en la población ningún establecimiento que venda flores. El dueño de la taberna dijo que quizá usted podría informarnos algo sobre el particular.

—¿Floristería Nickerson? —dijo Smith, meneando la cabeza—. Jamás la he oído nombrar, señor Mayr.

—Aquí se cultivaban flores en tiempos —dijo Sybil.

—Oh, sí, hace cinco o seis años. Pero el negocio fracasó. El dueño murió y su viuda me vendió los terrenos. Arranqué todas las plantas de flores y me dediqué a granjero, que es mucho más rentable. Ahora bien, si quieren la dirección de la señora Carnard...

Sybil hizo un gesto de desaliento.

—¿Para qué? —dijo, decepcionada.

—No estará de más —aceptó Mayr, a la vez que sacaba una agenda y un lápiz—. ¿Cómo se llama esa señora?

—Betty Carnard, y vive en Londres, en el número 30 de Shotton Place.

Mayr anotó la dirección de la anterior propietaria de Carnard Garden y guardó la agenda de nuevo en su bolsillo.

—Eso es todo, señor Smith. Un millón de gracias.

—Ha sido un placer —contestó el granjero. De repente, sus ojos se inflamaron de cólera—. ¡Ya están ahí de nuevo!

Smith se alejó, repartiendo perdigonadas y juramentos a dosis iguales. Sybil no pudo contener la risa al ver la pintoresca figura del granjero, que se perdió bien pronto de vista entre los árboles.

—Hemos perdido el tiempo —dijo luego, al tiempo de entrar en el automóvil.

—La solución no puede ser más que una, Sybil.

—¿Cuál, Bob?

—La etiqueta de la furgoneta es falsa.

Ella asintió con gesto pensativo.

—No cabe la menor duda —respondió.

Mayr hizo dar la vuelta al coche y emprendieron el regreso, silenciosos y decepcionados por lo que estimaban un fracaso. Pronto salieron a la carretera general.

A la entrada del pueblo había un cartel indicador de la velocidad máxima. Mayr atemperó la marcha del coche y cruzaron la población a menos de cincuenta kilómetros a la hora.

En la puerta de la taberna había parado un coche. En el momento en que pasaban por delante de la taberna, Sybil, situada a la izquierda del conductor[1], vio a un hombre que salía en aquel momento a la calle.

Una súbita exclamación se escapó de los labios de la joven.

—¡El Chato!

Mayr volvió la cabeza. El individuo se disponía en aquel momento a subir al automóvil.

El chato vio a Sybil y se zambulló en el interior del vehículo. Sybil volvió a gritar:

—¡Dé la vuelta, Bob, aprisa!

Mayr frenó casi en seco, cambió de marchas velozmente y golpeó el volante hacia su derecha, acelerando brutalmente apenas hubo enfilado la dirección opuesta. Para entonces, el coche del supuesto mandadero de la floristería, salía ya por la parte opuesta de Pellfort.

El naturalista pisó a fondo. Atravesaron la ciudad como una exhalación. La aguja del cuentamillas señaló bien pronto la cifra cien (ciento sesenta kilómetros).

El coche del Chato era algo más lento. Mayr observó con satisfacción que la distancia disminuía apreciablemente.

De repente, cuando el espacio entre los dos vehículos era menor de los cien metros, Mayr observó que se desprendían unos puntitos oscuros de la zaga del automóvil perseguido.

Sybil lanzó un agudo grito. Mayr quitó gas y empezó a frenar.

Las tachuelas continuaban cayendo a la carretera. Pronto se oyó el primer estampido.

El coche coleó brutalmente. Mayr no cometió la imprudencia de frenar; habría resultado catastrófico. Lo único que hizo fue aferrarse al volante con todas sus fuerzas, tratando de mantener al coche en línea.

Uno tras otro, los cuatro neumáticos reventaron

estrepitosamente. Al fin, el automóvil terminó por salirse de la carretera, quedando parado en medio de un prado.

Conteniendo una imprecación, Mayr saltó a tierra. El automóvil del Chato se había perdido ya de vista.

—Sybil, ¿tomó su matrícula? —preguntó, como última esperanza.

—No —contestó ella—. Siempre estuvo a demasiada distancia para poder apreciar las letras y los números de la placa con claridad.

Mayr contempló las destrozadas llantas de goma de su automóvil.

—Tendré que ir en busca de una grúa y cuatro neumáticos —suspiró.

—¿Le parece que sigamos luego la ruta que ha seguido el Chato? —sugirió ella.

—¿Para qué? Hay demasiadas carreteras y demasiados cruces en esta región. Resultaría una absurda pérdida de tiempo, Sybil.

—Estoy de acuerdo con usted, Bob. Bien, salgamos a la carretera en busca de un automovilista compasivo que nos lleve hasta el primer taller.

—Sí, por el momento, es nuestra única solución —convino Mayr desanimadamente.

\* \* \*

Varios días más tarde, Sybil llamó por teléfono al naturalista.

—¿Ha conseguido algo, Bob?

—Nada en absoluto. He estado recorriendo todos los caminos inmediatos a Pellfort, pero no he encontrado nada que pueda darnos la menor pista.

—A mí se me ha ocurrido una idea, Bob —dijo ella.

—Vamos, expóngala —invitó él.

—Recuerdo que lord Cullmond, antes de morir, citó a un amigo suyo, diciendo que gracias a él tenía la planta carnívora que había deseado tanto tiempo. ¿No le parecería bien que fuésemos a visitarle?

—Me parecería estupendo, Sybil. ¿Cómo se llama ese amigo de lord Cullmond?

—Peter Bass, y es botánico.

—Pero no conocemos su dirección, Sybil.

Ella soltó una risita.

—Bob, ¿para qué está la guía telefónica? Venga a buscarme; le espero dentro de una hora. Bass vive en Londres.

—Muy bien. Estaré con usted dentro de sesenta minutos justos.

Mayr fue puntual. Una hora más tarde, llamaba a la puerta del departamento ocupado por la muchacha.

Sybil le recibió con la sonrisa en los labios.

—Espere un par de minutos; todavía no he terminado de arreglarme —dijo.

—¿Cómo? ¿Una hora y aún no...?

—Mi director me llamó y me encargó un trabajo que no pude eludir. He estado escribiendo a máquina hasta hace diez minutos escasos.

—Ah, comprendo.

Sybil se dirigió hacia el interior del piso.

—Sírvase una copa si tiene ganas de beber, Bob —indicó por encima del hombro.

La muchacha volvió bien pronto. Entonces, los dos juntos salieron del piso y se dirigieron al ascensor.

—Usaremos mi coche para ir a casa de Bass —dijo ella.

—No hay objeción —aceptó Mayr.

Media hora más tarde, Sybil detenía su automóvil ante una casita situada en las afueras de Londres y rodeada de un pequeño jardín. Parado ante la valla se veía un automóvil.

La puerta de la casa se abrió en aquel momento. Una mujer salió y cruzó el jardín.

Era alta, hermosa, de formas opulentas y pelo intensamente negro. Al salir a la acera dirigió una mirada casual a los dos jóvenes y luego se acercó al automóvil parado, el cual arrancó segundos más tarde.

—Bueno —dijo Mayr sonriendo—, parece que la botánica no excluye el buen gusto... en otras cuestiones.

—¡Atrevido! —le apostrofó ella—. Tengo entendido que el profesor Bass es un sujeto de todas prendas morales.

—Sí, pero, ¿a quién le amarga un dulce?

—A usted no le amargaría ese dulce, ¿verdad?

—¿Cómo quiere mi respuesta: sincera o diplomática? —rio

Mayr.

Sybil expelió un bufido. Ya estaban ante la puerta de la casa del botánico.

Ella presionó el llamador. Esperaron.

—Parece que no contesta nadie —observó Mayr, al cabo de un minuto de espera.

—Llamaré otra vez —dijo Sybil.

Pero la segunda llamada resultó tan infructuosa como la primera. Entonces, Mayr se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada del todo.

Miró a la joven.

—¿Entramos?

Sybil vaciló. Al fin hizo un signo de aprobación.

—Vamos —dijo.

Mayr empujó la puerta.

—¡Profesor Bass! —llamó en voz alta.

Nadie le contestó.

—¡Es curioso! —dijo—. No parece hora para que Bass esté fuera de su casa.

Sybil señaló una puerta.

—Aquél debe de ser su despacho —indicó—. Vamos a ver.

Ella fue la primera en acercarse a la puerta. Tocó con los nudillos, pero nadie contestó.

—Bueno, lo mejor será abrir y...

Hizo girar el picaporte y empujó la puerta. Sentado en un sillón, tras la mesa de trabajo, se hallaba el botánico.

Peter Bass les contemplaba fijamente. Sus labios no se movieron para nada.

—Profesor —dijo Mayr.

Bass continuaba callado. Mayr empezó a recelar algo grave.

Dio la vuelta a la mesa y tocó en el hombro al botánico.

—Profesor —repitió.

Silenciosamente, sin emitir el menor sonido, Bass se deslizó a un lado y acabó cayendo al suelo, bajo la mesa.

Sybil chilló.

### CAPÍTULO III

MAYR terminó de abotonar la camisa y se levantó. Sentada en un sillón, terriblemente pálida, Sybil le dirigió una ansiosa mirada.

—¿De qué ha muerto? —preguntó.

—Tiene una aguja clavada en el corazón.

Ella se estremeció.

—¿Envenenada?

—No lo parece, aunque eso habrá de decirlo la autopsia. Aunque no soy experto en la materia, me atrevería a asegurar que la aguja fue suficiente para matarle, al clavársele en medio del corazón. Debe de tener unos: dos milímetros de grueso por cinco o seis de longitud.

—¿Se la clavaron de un golpe?

Mayr hizo un movimiento negativo.

—Disparada —contestó.

—¿Cómo? ¿Con qué, Bob?

El naturalista se encogió de hombros.

—Un lanzadardos, tal vez; una cerbatana... Imposible de saber con los escasos medios de que dispongo.

—¿Murió instantáneamente?

—En todo caso, no vivió más allá de un minuto o dos después de recibir el dardo.

—¡Qué horrible! —se estremeció ella—. ¿Por qué lo asesinaron?

Mayr enseñó las vacías palmas de sus manos.

—¿Por qué querían asesinarme a mí? ¿Por qué asesinaron a lord Cullmond? No tengo la menor idea, Sybil.

—¿Ha dejado el asesino algún rastro?

—No sé... Espere un poco...

Mayr empezó a examinar los papeles que había sobre la mesa. Uno de ellos atrajo particularmente su atención.

Era un dibujo, trazado seguramente por la víctima. Representaba, al menos así se lo pareció a Mayr, el perfil de una montaña, sobre la cual se divisaba un castillo, igualmente dibujado de perfil, sin otros detalles.

Al pie de la cuartilla, Mayr leyó unas letras. Cuatro, en dos parejas: «P. H. = B. C.».

Mayr se fijó especialmente en el doble guion que separaba ambos pares de iniciales. Al cabo de unos segundos, agarró la cuartilla y, tras doblarla, se la guardó en uno de los bolsillos.

—Bob —llamó Sybil de pronto.

—¿Sí?

—Se me está ocurriendo una idea.

—Bueno, hable, Sybil.

—La mujer que vimos al entrar. Puede ser la asesina.

Mayr se acarició la mandíbula pensativamente.

—Pudiera ser, en efecto, pero también le pudo ocurrir lo mismo que a nosotros. Entró, vio el cadáver y se marchó.

—Parecía muy tranquila, Bob.

—¿Cómo piensa salir de aquí? ¿Chillando y alborotando a la vecindad... o aparentando una calma absoluta? Asesina o no, tenía que aparentar tranquilidad; Sybil.

—Es verdad —reconoció la periodista—. Bien, ¿qué hacemos ahora, Bob?

—Lo primero de todo, marcharnos de aquí.

—¿Y después?

Mayr consultó el reloj de pulsera.

—Ya no me quedará tiempo. Mañana iré a perder unos minutos visitando a la viuda Carnard —respondió—. No adelantaré nada, puesto que hace cinco o seis años que dejó la granja, pero me parece que debo hacer esa visita.

—Está bien, Bob. No deje de tenerme al corriente del resultado.

—Se lo diré por teléfono —prometió él.

Salieron de la casa. Una vez en el coche, Mayr sacó la cuartilla y la desplegó.

—Parece el perfil de una panorámica —dijo—. ¿Le recuerda algún paisaje conocido, Sybil?

La muchacha contempló atentamente el dibujo. Luego meneó la cabeza:

—No, no he visto jamás ese paisaje, Bob —contestó.

Mayr volvió la cuartilla al bolsillo.

—Puede ser una pista interesante —murmuró.

Sybil hizo arrancar el coche. Reclinándose en el respaldo, Mayr se preguntó por el significado de las cuatro iniciales, repartidas en dos parejas.

Pero no se le ocurría ninguna idea para descifrar lo que, por el momento, era un enigma.

\* \* \*

El reloj de la salita dio cuatro campanadas.

Nang... nang... nang... nang...

Sybil dio media vuelta en el lecho, ligeramente despierta, pero sintiéndose vencida por el sueño nuevamente.

Un automóvil pasó al pie de la casa. El silencio era tan grande que Sybil oyó perfectamente el ruido de los neumáticos al rodar por el asfalto húmedo.

Un ligerísimo gañido llegó a sus oídos. Era el ruido clásico de un zapato recién estrenado.

El gañido se repitió de nuevo. Sonó otra vez.

Sybil agarró el embozo de la cama con ambas manos.

¡Había un intruso en su departamento!

El desconocido actuaba en completo silencio. Con ojos desorbitados, repentinamente desvelada, Sybil miró hacia la puerta del dormitorio.

Tenía la ventana abierta y por ella entraba algo de luz de la calle. Sybil, aterrada, no se atrevió a encender siquiera la lámpara de su mesilla de noche.

Una silueta apareció ante sus ojos. Era un hombre cuyo cuerpo estaba cubierto con un largo gabán negro y que se tocaba con un sombrero de alas bastante anchas.

Las alas dejaban en sombra el rostro del intruso, en cuyas manos vio Sybil una caja cuadrada, de un palmo de lado.

El intruso se agachó. Levantó la tapa de la caja, la volcó a

continuación y luego, con el mismo sigilo que había observado hasta entonces, se marchó en busca de la salida.

Sybil oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Entonces se atrevió a encender la luz.

Miró hacia la caja, situada casi a los pies de la cama. Un chillido de terror brotó de sus labios al ver el pequeño monstruo que se movía lentamente por el suelo.

Era una araña descomunal, tan grande como su mano, de cuerpo y patas cubiertos de vello negruzco y en cuyo cráneo se divisaban dos ojos brillantes, con un fulgor que a Sybil se le antojó tan maligno como el de los ojos del diablo.

Sybil permanecía inmóvil, sintiendo dentro de su pecho el alocado bataneo de su corazón. ¿Treparía la araña a la cama?

El insecto parecía aturdido, como si se sintiese extraño en un ambiente que no era el de su selva natal. Era evidente, sin embargo, que pronto reaccionaría.

¿Atacaría o correría a esconderse?

Sybil no podía esperar demasiado tiempo a que el arácnido resolviese por sí aquel dilema. Y continuar alimentando su propio miedo no resolvía, por otra parte, su crítica situación.

Había que hacer algo. Apartó las ropas de la cama y saltó al suelo por el lado opuesto. Le temblaban las piernas, pero siguió adelante, paso a paso, sin perder de vista a la araña.

Un mueble con libros apareció de pronto ante sus ojos, como parte integrante de la decoración de la estancia. Agarró un pesado volumen y lo blandió, dispuesto para arrojarlo a la araña si era necesario.

El animal se movió un par de pasos, como si huyera de ella. Sybil comprendió que también la menuda bestezuela sentía miedo,

Pero podía atacar para defenderse, y sus artejos eran venenosos. Tal vez la mordedura no fuese mortal, aunque sí de efecto nada benigno.

Manteniendo el libro en alto, se acercó a la caja. No podía cogerla con una sola mano. Dejó el libro y levantó la caja. Era de cartón fuerte y sujetó la tapa con la punta de los dedos, manteniéndola boca abajo.

La araña se movió otro poco. Sybil saltó de pronto y la cubrió con la caja. Vagamente divisó el fondo blanco de la caja, con unas

letras, que no se entretuvo en leer; antes tenía que hacer otra cosa más urgente.

Retrocedió, recogió el libro y lo colocó encima de la caja. Al ser esta de cartón liviano, cabía la posibilidad de que el insecto escapase. Sujetándola con el libro, impedía se produjese tal eventualidad.

Algo más calmada, pensó en la manera de eliminar al arácnido. Pronto halló la solución.

En la cocina encontró un cuchillo y un frasco de insecticida. Regresó al dormitorio. Su idea era sencilla.

Haría un agujerito en el fondo de la caja, que ahora quedaba en la parte superior, y por dicho orificio lanzaría una gran cantidad de insecticida pulverizado. Lo menos que ocurriría sería que la araña quedase aturdida. Matarla después, sin peligro, resultaría ya mucho más fácil.

Se arrodilló al lado de la caja y levantó el libro con una mano, sujetándola con la otra. Entonces, asombrada, leyó las líneas escritas en que antes no había reparado por completo.

Con el cuchillo en alto, leyó:

«Este es nuestro primer aviso. La araña no es venenosa, aunque su mordedura no le causaría ningún placer, por supuesto. Déjenos en, paz; nuestro próximo envío sí tendrá características mortales.»

No había más, ni fecha, ni firma, ni otro indicativo del origen de tan aterrador envió. Sybil se dio cuenta de que pocas veces pasaría tanto miedo como unos minutos antes.

Bajó la caja, la araña se agitó irritada. Sybil empezó a hurgar en el cartón con el cuchillo.

\* \* \*

Bob Mayr se detuvo ante el número treinta de Shotton Place y estudió el edificio durante unos instantes.

La casa, sin ser de gran lujo, indicaba la desahogada posición económica de sus inquilinos.

—Debieron de pagarle muy bien la granja a la señora Carnard —

se dijo el naturalista.

Entró en el edificio. Momentos más tarde, llamaba a la puerta señalada con el indicativo C-6.

Esperó unos momentos. Al otro lado sonaron tacones femeninos.

Alguien le escrutó a través de la mirilla. Luego, Mayr oyó ruido de cerrojos.

Una mujer apareció ante la vista de Mayr. El naturalista se quedó pasmado.

¡Era la misma mujer que había salido de casa de Bass el día de su asesinato!

## CAPÍTULO IV

AHORITA, la hermosa morena vestía un salto de cama de color negro, de tul casi completamente transparente que permitía ver unas prendas íntimas de diseño tan audaz como sugestivo y cuya escasez de tejido saltaba a la vista. Mayr procuró rehacerse de la impresión y carraspeó.

—¿Señora Carnard? —preguntó cortésmente, sombrero en mano.

—Pues... temo que haya perdido el viaje, caballero —dijo la morena, con la sonrisa en los labios.

—Me aseguraron que vivía aquí —dijo Mayr.

—Ya no vive. Murió el año pasado.

—Oh —Mayr se manchó los labios—. Lo siento. Excúseme, señora.

Y se dispuso a retirarse, pero entonces, la morena levantó una mano.

—Espere un momento —rogó—. ¿Para qué quería ver usted a mi madre?

Mayr parpadeó. Nuevamente se sentía asombrado.

—¿La señora Carnard... era su madre?

—Sí. Yo soy Judith Crowan, hija suya. Mi apellido distinto se debe a que estuve casada hasta hace dos años.

—Ah, comprendo. Perdón, señora Crowan...

Judith se echó a un lado, con la sonrisa en los labios.

—Entre, por favor —invitó—. Todavía no me ha dicho su nombre.

—Mayr, Robert Mayr, señora Crowan.

Judith cerró la puerta. Luego caminó con pasos lentos e insinuantes hasta un aparador cercano, donde había botellas y vasos.

—¿Quiere beber algo, señor Mayr?

El naturalista necesitaba un trago.

—Si no es molestia, señora...

—Ninguna.

Mayr dejó sobre una silla su sombrero hongo y el paraguas enrollado que usaba de costumbre. Judith llenó dos copas y se le acercó con sinuosos andares.

—Ahora puede hablar ya —dijo, al entregarle la copa.

—Estuve el otro día en Carnard Garden. Andaba buscando una floristería.

—¿No hay floristerías en Londres? —preguntó Judith burlonamente.

—Me interesaba especialmente la floristería Nickerson, señora Crowan. En Pellfort nos dijeron no saber nada y nos recomendaron visitar Carnard Garden. El nuevo dueño nos dijo ignorar también todo lo concerniente a la floristería Nickerson y nos dijo que, en todo caso, quien podía saber algo era la señora Carnard.

Judith vació su copa de un trago.

—Lamento que mi madre no esté viva para darle los informes que precisa usted, señor Mayr —declaró—. Por mi parte, no puedo decirle nada al respecto.

¿Mentía aquella hermosa morena?, se preguntó el naturalista.

—¿No oyó nunca a su madre mencionar dicha floristería? —inquirió en voz alta.

—Hace más de ocho años que abandoné Carnard Garden, concretamente, al casarme con mi difunto esposo... No, no sé nada de la floristería Nickerson. Lo siento, señor Mayr.

—Le ruego me dispense, señora. —Mayr apuró su copa y la dejó sobre una mesita—. Siento muchísimo haberla molestado.

—Ha sido un placer —aseguró ella.

Mayr recogió su sombrero y el paraguas.

—Ahora iré a visitar a un hombre que tal vez pueda decirme algo sobre la floristería Nickerson. Peter Bass —dijo con toda intención.

—¡Pero Peter Bass está muerto! —exclamó Judith repentinamente.

Luego miró al joven y sonrió.

—Me ha reconocido desde el primer momento —añadió.

\* \* \*

—Así es —admitió Mayr, tras algunos segundos de pausa.

—Usted llegó a casa de Bass acompañado de una muchacha.

—Es una buena amiga mía, señora Crowan.

—Muy guapa, por cierto.

—No tanto como usted, señora.

Judith soltó una risita.

—Está intentando halagarme —exclamó—. Le diré una rosa, antes de que me la pregunte. Cuando yo llegué a la casa, Bass había muerto ya.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Judith parecía sincera en su respuesta.

—Bass estaba sentado en su sillón. Parecía despierto, ¿verdad? —añadió la mujer.

—Sí, es cierto —convino Mayr—. ¿Cuáles eran sus relaciones con Bass?

Ella le dirigió una sonrisa llena de malicia.

—No sea indiscreto, señor Mayr. Bass era todavía un hombre joven y no mal parecido.

—Y bastante rico, creo.

—Sí.

—¿Sabe si la mencionará en su testamento?

—Nunca hablamos sobre ese aspecto. Soy más desprendida de lo que usted cree.

—Pero cuando vio que Bass estaba muerto, usted abandonó la casa.

—¿Qué hicieron ustedes dos una vez hubieron comprobado la muerte del botánico?

—No se deja usted pillar los dedos, señora —sonrió Mayr.

—Empleo la lógica —contestó Judith.

—Sí, lo estoy viendo. Gracias por todo, señora...

—Un momento —exclamó ella—. ¿Es usted detective?

—No.

—¿Entonces...?

—Ando buscando la floristería Nickerson.

Hubo un momento de silencio. Judith le miraba con la sonrisa en los labios.

—Le deseo que la encuentre —dijo al cabo.

—Es usted muy amable, señora Crowan.

Mayr emprendió el regreso a su casa, con la sensación de haber sido un ratoncillo en las garras de un gato astuto.

Y compasivo, puesto que le había dejado marchar sin el menor rasguño.

\* \* \*

Cuando llegó a su casa, Mayr se llevó una gran sorpresa.

Sybil le esperaba en su despacho, junto a una caja de cartón de forma cúbica y de unos veinte centímetros de lado.

—Hola —saludó el joven—. ¿Qué hace usted aquí?

—He estado llamándole por teléfono toda la mañana —declaró Sybil—. En vista de que no me contestaba, decidí venir aquí. La mujer que le atiende y yo nos cruzamos en el camino. Ella me explicó que había estado haciéndole la compra y que por eso no había podido atender al teléfono.

—Entiendo —dijo él—. ¿Sucedó algo?

—Sí. Vea, Bob.

Sybil se puso en pie y levantó la tapa de la caja. Mayr se asomó un poco y luego dio un salto, que le llevó a tres pasos de distancia.

—¡Sybil! ¡No me gustan cierta clase de bromas! —exclamó.

—No tema. Está muerta —sonrió ella—. Tenía que haberla visto viva y moviéndose por el suelo de mi dormitorio, Bob.

—Pero, Sybil, en Inglaterra no hay esa clase de arácnidos...

—Salvo cuando se lo llevan a una personalmente a su casa —contestó la muchacha—. Espere, todavía no ha visto lo más importante.

Sybil cerró la caja y la volvió del revés. Mayr se acercó de nuevo a la mesa y, lleno de estupefacción, leyó el mensaje escrito en la base.

—Cielos —dijo—. ¿Quién se lo ha enviado?

—Si no es el Chato, es un amigo suyo —respondió Sybil.

Y acto seguido, la joven procedió a explicar todo cuanto le había ocurrido durante la noche.

Mayr se quedó muy preocupado.

—Eso significa que no quieren interferencias —murmuró.

—Imagínese. Son dos asesinatos y una tentativa de asesinato —contestó la periodista—. Por cierto, me había olvidado de una cosa, Bob. La mujer de la limpieza me dijo que habían traído un paquete para usted. Está allí, sobre aquella mesita...

Mayr volvió los ojos y divisó sobre el lugar señalado un bulto envuelto en papel de embalaje, del tamaño de un par de libros juntos.

—Algún envío de librería —opinó.

Se acercó a la mesita y recogió la caja, volviendo junto a Sybil. Cortó el cordel y deslió el papel de envolver.

—Por el peso no parecen libros, sin embargo —comentó.

Una caja de unos treinta centímetros de largo, por quince de ancho y diez de grueso apareció ante los ojos de los dos jóvenes. Al destaparla, se oyó un ruido extraño en su interior.

—Cuidado, Bob —advirtió Sybil con un grito.

El naturalista se puso pálido. Levantó la caja con ambas manos, sin destaparla, y el ruido, muy tenue, sin embargo, se reprodujo otra vez.

De repente, se le ocurrió una idea. Volteó la caja.

—¡Otro mensaje! —exclamó Sybil.

El contenido del segundo mensaje era análogo al del primero.

Mayr estuvo unos momentos pensativo, con la caja en las manos. De pronto, tomó una plegadera de encima de su mesa y echó a andar.

—Venga conmigo, Sybil.

La muchacha le siguió inmediatamente. Mayr se dirigió a la cocina y colocó la caja en el fregadero, poniendo luego la tapa en el desagüe.

Acto seguido, con la punta de la plegadera practicó varios orificios en la tapa de la caja. Luego buscó un peso y lo colocó encima. Finalmente, y después de haber hecho otros agujeros también en los laterales, abrió el grifo.

El agua manó hasta cubrir la caja por entero. A los pocos segundos, empezaron a salir unas raras burbujas por los agujeros.

—Debe de haber algo horrible ahí adentro —dijo Sybil, estremeciéndose de pavor.

Las burbujas cesaron después de un buen rato. Mayr preparó dos copas mientras tanto.

El naturalista dejó transcurrir casi una hora antes de vaciar la pileta. Luego quitó el peso y, al fin, abrió la tapa.

Sybil lanzó un grito de horror. Mayr contempló durante unos segundos al enorme escorpión que yacía muerto, ahogado, en el fondo de la caja.

—Bonita manera de meterle a uno el resuello en el cuerpo —dijo, al mismo tiempo que volvía a tapar la caja—. ¿Qué opina usted, Sybil? ¿Nos olvidamos de los asesinatos?

Ella tenía la cara tan blanca como el papel.

—No sé qué decirle, Bob...

—Yo sí sé lo que tengo que decirle, Sybil. Intentaron matarme en una ocasión. Es probable que lo intenten por segunda vez. No voy a permitir que me degüellen como un cordero, mientras tenga fuerzas para impedirlo.

—Sí, Bob, pero... ¿qué es lo que piensa hacer?

Mayr se mordió los labios.

—Sinceramente, Sybil, no lo sé —contestó.

## CAPÍTULO V

**T**RANSCURRIERON varios días.

Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Mayr leía los periódicos a diario. No había ninguna noticia policial sobre los asesinatos.

Pacientemente, revisó las guías telefónicas de los pueblos cercanos a Pellfort, en veinte o treinta kilómetros a la redonda. No había el menor rastro de la floristería Nickerson.

Asimismo había pasado largas horas contemplando el dibujo hallado en la casa del botánico. Sí, representaba un paisaje, pero... ¿en qué lugar del país se hallaba aquel castillo?

Buscó en las tiendas donde vendían postales con vistas panorámicas. Encontró muchos paisajes con castillo, pero ninguno de ellos se correspondía con el que Bass había dibujado antes de morir.

Dos semanas más tarde, leyó en la Prensa una noticia que llamó singularmente su atención.

El profesor Barry Nilhson, eminente biólogo, se disponía a emprender próximamente un viaje al Orinoco, a fin de estudiar la fauna reptil de la zona. Su especialidad eran los saurios.

Mayr frunció el ceño.

Aunque superficialmente, conocía a Nilhson y le sabía hombre muy rico, no solo por herencia, sino por los ingresos obtenidos con unos cuantos libros científicos de gran aceptación.

—Un científico... y adinerado —murmuró.

Parecían motivos suficientes para eliminar a una persona, sobre

todo, si se tenía en cuenta los asesinatos cometidos.

Sin pérdida de tiempo, tomó la guía telefónica de Londres y buscó en ella el número de Nilhson. Momentos después, le contestaba su secretaria personal.

—Soy el profesor Mayr —dijo—. Tenga la bondad de ponerme con el profesor Nilhson, señorita. Él me conoce.

—Bien, profesor.

Unos segundos más tarde, Mayr escuchaba la voz de Nilhson a través del hilo telefónico.

—Barry, soy Bob Mayr. ¿Podría hablar con usted? Es muy urgente.

—Encantado, Bob, aunque... ¿tiene que ser hoy mismo? Tengo un trabajo ímprobo...

—Me disgusta tener que molestarle, pero, créame, no me queda otro remedio, Barry.

—Está bien. Usted ya conoce mi dirección. Venga en cuando quiera.

Mayr colgó el teléfono. Inmediatamente, fue a su cuarto y se cambió de ropa.

En el momento en que se disponía a salir, sonó el timbre del teléfono.

Mayr hizo un gesto de desagrado, pero se acercó levantó el aparato.

—Profesor Mayr —dijo.

—Buenos días, profesor —sonó una voz femenina—. Le hablan desde la sombrerería Duncan. Tenemos listo su encargo. Puede pasar a recogerlo cuando guste.

—Muchas gracias, señorita; iré lo antes posible —le prometió el naturalista. Colgó el teléfono y se precipitó hacia la salida, en busca de su automóvil.

\* \* \*

Debido al intenso tráfico, Mayr tardó casi una hora en llegar a la casa donde residía el profesor Nilhson.: Era un edificio de líneas nobles, algo antiguo, pero de fachada decorativa. Mayr saltó del coche y cruzó la acera rápidamente.

Entró en el ascensor y subió a la planta donde Nilhson tenía su departamento. Se mordía los puños de impaciencia, pero... ¿no

estaría recelando algo que no iba a suceder?

Llamó a la puerta con varios timbrazos. Una hermosa joven, agradablemente perfumada, acudió con el bolso debajo del brazo y calzándose los guantes.

—Soy el profesor Mayr —se presentó.

Ella le dirigió una amable sonrisa.

—Pase —dijo—. El profesor le espera. Hablarán mejor a solas, profesor Mayr. Yo he terminado ya mi jornada. Buenos días.

Mayr se descubrió galantemente.

—Buenos días, señorita.

Cruzó el umbral y cerró la puerta, hallándose de inmediato en un lujoso salón, elegantemente decorado. El salón estaba dividido en dos planos, de distinto nivel, enlazados por una escalera de diez o doce peldaños.

Mayr había estado un par de veces en la casa de Nilhson y conocía su cuarto de trabajo. Subió la escalera, avanzó por un amplio corredor y se detuvo ante una puerta de roble tallado.

Asió el picaporte y lo hizo girar. Un leve olor, *sui generis*, hirió su pituitaria en el acto, aunque de momento no supo identificarlo.

—¿Barry? —llamó.

Nilhson estaba acostado sobre un diván.

—Pues no es hora de la siesta —gruñó Mayr. Y alzó la voz de nuevo—: ¡Barry!

Nilhson continuó dormido. Mayr sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Se acercó al durmiente y le tocó en un brazo. Por tercera vez pronunció su nombre.

El brazo de Nilhson se deslizó de su pecho y cayó lacio, sin fuerzas. La mano quedó apoyada ligeramente en el suelo.

Mayr contuvo una sacudida involuntaria. ¡Había llegado tarde!

Tocó la mejilla del difunto. Estaba casi fría.

Nilhson vestía una chaqueta casera, de terciopelo rojo, sujeta con un cordón del mismo color. Cuidadosamente, Mayr le descubrió el pecho y halló en la carne un orificio análogo al que había visto en el cuerpo de Peter Bass.

Aspiró la atmósfera. Aquel olor...

Era un perfume femenino. El mismo que se desprendía del cuerpo de la secretaria.

«¡Monstruoso! ¿Asesinado por su propia secretaria?»; pensó.

Quienquiera que fuese el culpable, la situación no admitía dudas. Barry Nilhson estaba muerto.

\* \* \*

—¿Quiere usted acompañarme, Sybil? —preguntó Mayr.

—¿Adonde? —quiso saber la periodista.

—Quizá le agradaría conocer a una asesina. E interrogarla, por supuesto.

—¿Cómo? ¿Qué me está diciendo, Bob?

Mayr miró a través de la pared de cristal de la cabina telefónica en que se hallaba. No lejos de aquel lugar divisó una cafetería.

—Hablaremos más extensamente cuando estemos frente a frente —respondió—. Venga a la calle Hyams; hay una cafetería en el número setenta.

—Bien, Bob; iré enseguida.

Mayr colgó el teléfono. Salió de la cabina y se puso un cigarrillo en la boca mientras caminaba tranquilamente por la acera.

Arrimó un fósforo encendido al cigarrillo. Al alzar los ojos maquinalmente, divisó una floristería.

El escaparate tenía una inscripción en letras doradas, elegantes, que componían un arco. Mayr leyó: Flowers. Nickerson & Pellfort.

El cigarrillo se le cayó de los labios y no hizo nada por recogerlo. Tampoco se le ocurrió encender otro.

—Sybil no leyó bien —fue lo que pensó inmediatamente.

Hizo una profunda inspiración. ¿Estaba en aquella floristería la solución de los crímenes cometidos?

Avanzó con paso normal. Al pasar por delante del escaparate, miró a través del cristal.

Había una hermosa mujer arreglando un ramo de flores en el mostrador situado al fondo. A Mayr ya no le extrañó en absoluto reconocer a Judith Crowan.

Pero no se detuvo, sino que siguió adelante. Por el momento, había otra cosa que urgía más que hablar con la bella Judith.

Llegó a la cafetería, se sentó en una mesita y encargó una taza de té. Luego se dispuso a esperar.

Sybil llegó media hora más tarde, agitada y sofocada. Se sentó frente al naturalista y le miró inquisitivamente.

—¿Y bien, Bob?

Mayr aplastó en un cenicero el cigarrillo que fumaba.

—Vamos a ir a ver a la secretaria del profesor Nilhson —dijo.

—Sí, Bob.

—Leí en los periódicos la noticia de su próximo viaje al Orinoco. No sé por qué, sentí el presentimiento de que podía sucederle algo.

—Y fue a su casa.

—Sí.

—Y lo encontró muerto.

—Justamente.

—¿No pudo hablar con él?

—Por teléfono, para rogarle accediera a recibirme.

—Entiendo, ¿qué tiene que ver la secretaria con todo esto? —preguntó Sybil.

—Cuando llamé a Nilhson por teléfono, me atendió ella en primer lugar. Luego, una vez hube recibido permiso de Nilhson para ir a visitarle, pues alegó tener mucho trabajo, salí de mi casa. Cuando llegaba a la de Nilhson, me abrió una joven, quien me dijo que Nilhson me aguardaba en su biblioteca. Ella, alegó, haber terminado ya su trabajo.

—Y usted se encontró muerto al profesor.

—Sí, eso es, Sybil.

La periodista se mordió los labios.

—Yo me preguntó una cosa, Bob —dijo.

—Hable, Sybil.

—¿Por qué todos los asesinados han de ser científicos?

—Añada la cualidad de hombres adinerados, Sybil.

—Sí, es otro dato a tener en cuenta. Pero, ¿por qué ellos precisamente... y no un magnate de las finanzas, por ejemplo?

—Pregunta usted demasiado —se quejó él.

Sybil suspiró.

—Es verdad —recogió el bolso—. ¿Vamos?

Mayr puso una moneda sobre la mesa y se levantó. A la vez que salían Sybil, en voz baja, le dijo:

—Bob, llevo un revólver en el bolso.

Mayr respingó.

—¡Muchacha!

Ella meneó la cabeza.

—Después de lo que ha pasado, no quiero que me encuentren más desprevenida, Bob.

—Bien mirado, tiene usted toda la razón del mundo —admitió él, empujándola suavemente hacia su automóvil.

## CAPÍTULO VI

—**A**QUÍ es —dijo Mayr, deteniéndose ante una puerta.

El dedo enguantado de Sybil oprimió el llamador. Se oyó un suave ding-dong.

Esperaron unos momentos. La puerta se abrió bruscamente.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó en tono poco cortés, el hombre que acababa de aparecer en el umbral...

—Buscamos a Stella Brown...

¡Blam!

La puerta se cerró en las narices de Mayr, quien hubo de dar un salto atrás, a fin de evitar un golpe nada agradable.

Mayr cambió una mirada con Sybil.

—Me gusta la forma de practicar la hospitalidad que tienen algunos —dijo él tranquilamente.

Y volvió a apretar el llamador.

Segundos más tarde, se abrió la puerta de nuevo.

—Ya les he dicho que Stella Brown no vive aquí —exclamó el sujeto coléricamente—. Lárguense.

—Usted no dijo antes nada —manifestó Mayr con amabilidad—. Simplemente, me dio con la puerta en las narices.

—Y esa, ¿no es una forma de responder como otra cualquiera? —exclamó el individuo cínicamente.

—Cierto, pero yo también sé dar respuestas adecuadas, amigo mío.

—¿Cómo?

—¡Así!

¡Crack!

El puño de Mayr se disparó con tremenda potencia y alcanzó al sujeto en la mandíbula, derribándolo de espaldas. Mayr extendió la mano izquierda a continuación.

—Las damas primero —invitó gentilmente.

—Muy amable, caballero —sonrió Sybil, a la vez que evitaba pisar al sujeto caído en el suelo.

Mayr cerró la puerta, empujándola con la contera del paraguas. De pronto, oyó una exclamación.

—¡Venga, Bob!

Mayr echó a correr hacia el interior del piso. Se asomó a un dormitorio y lo vio en el más completo desorden. Sentada en un sillón, atada al mismo con fuertes ligaduras, había una joven que parecía estar desmayada.

—Bob, busque algo en el baño... aunque sea un poco de agua —pidió Sybil ansiosamente.

—Ahora mismo.

Mayr volvió a poco con una toalla mojada, que pasó por la cara de la muchacha, mientras Sybil se ocupaba de quitarle las cuerdas. Al cabo de unos momentos, la joven desmayada suspiró y dio señales de volver a la vida.

—No veo que esté herida —observó Sybil.

—Seguramente, el miedo le hizo perder el conocimiento. ¡Pero esta no es la secretaria de Nilhson! —exclamó Mayr de repente.

—¿Cómo, Bob?

—Recuerdo muy bien a la otra. Era rubia. Esta es morena.

—Una peluca...

—Ni aun así. La diferencia se notaría incluso con peluca. Además, la otra era más alta, más... bueno, más llenita.

La chica abrió los ojos y miró a la pareja con temor.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó torpemente.

—No tema —sonrió Sybil—. Somos amigos, señorita... ¿Cómo se llama usted?

—Stella Brown. ¿Qué hacen en mi casa?

—¿Seguro que se llama Stella Brown...? —insistió Mayr.

—Sí, pero... ¿Dónde está el hombre que me atacó?

Mayr pegó un salto.

—¡Es verdad! —exclamó—. Lo había olvidado. Sybil, su

revólver.

La periodista abrió su bolso y entregó el arma a Mayr, quien se dirigió corriendo a la salita. Al llegar a la puerta de comunicación se detuvo en seco.

El individuo había desaparecido.

Decepcionado, regresó junto a las dos mujeres.

—Escapó —dijo lacónicamente.

—¡Oh! —exclamó Sybil.

—Haga un poco de té —indicó él—. Esta chica lo está necesitando.

—De acuerdo, Bob.

Sybil se dirigió a la cocina. Mayr quedó frente a Stella.

—De modo que usted es la secretaria del profesor Nilhson —dijo.

—En efecto —confirmó la interpelada.

—¿A qué hora salió usted de casa del profesor?

—¿Yo? En todo el día no he estado allí —respondió ella sorprendentemente.

\* \* \*

—No hay duda —dijo Mayr, media hora más tarde, al abandonar el piso de Stella Brown—. Ella se sintió hoy indisputada y telefoneó al profesor diciéndole que no iría.

—Y a usted le contestó la asesina, simulando ser la secretaria.

—Sí, eso es.

—Bien, pero, ¿por qué el profesor no le dijo nada por teléfono?

—Se me ocurre una idea, Sybil.

—Diga, Bob.

—La asesina le apuntaba con un arma, obligándole a disimular.

—Es muy probable. ¿Qué pasó después?

—No lo sé. Probablemente, aquella mujer buscaba algo en casa del profesor; desde mi llamada hasta que llegué, transcurrió una hora aproximadamente. Cuando yo llegaba, ella se despedía.

—Y Nilhson ya estaba muerto.

—Sí.

—Buscaba algo. ¿Lo encontró, Bob?

—Juraría que no. De otro modo, ¿para qué enviar a un cómplice a buscar lo... lo que fuera, en casa de su secretaria? Recuerde cómo

encontramos todo, completamente revuelto y desordenado.

—Es verdad —admitió la periodista—. Y nuestra llegada impidió que el cómplice de la falsa secretaria concluyese su registro.

—Así debió de ocurrir, aunque, ¿cómo fui tan tonto que no lo até después de tumbarlo de un puñetazo?

Sybil apoyó la mano en el brazo izquierdo del naturalista y sonrió.

—Todos estamos expuestos a cometer errores, Bob —dijo, con ánimo de consolarlo.

—Sí, pero yo he cometido el mayor de todos —se lamentó él.

—¿Cuál, Bob?

—No sé... por teléfono me pareció ridículo... Llegué a pensar que Nilhson me dejaría plantado, pero debí haberle dicho entonces que temía por su vida.

—En aquellos momentos, él ya estaba amenazado por la mujer que luego lo asesinó.

—Sí, es verdad —reconoció él tristemente—. Bueno —añadió luego con un gruñido—. ¿Es que quieren dejar a Inglaterra sin científicos?

—A este paso, sí, desde luego —concordó Sybil, no más animada que su compañero.

\* \* \*

Bob Mayr estaba apoyado en la jamba de la puerta, con los brazos cruzados, cuando alguien la abrió desde el interior.

Judith Crowan enarcó sus cejas al reconocer a su visitante.

—Usted —dijo.

Mayr se enderezó ligeramente.

—Si no le importa...

Una singular sonrisa se formó en los rojos labios de Judith.

—Pase —dijo.

Mayr se quitó el sombrero hongo y lo dejó en una silla, junto con el paraguas. De reojo, apreció los contoneos de Judith, que se encaminaba al aparador de los licores.

Judith llevaba puesta una bata de seda, de amplias mangas, un poco estilo kimono japonés, pero lisa, sin dibujos, de un estallante color rojo, sujeta con un amplio cinturón de seda negra. La bata era cortísima y su borde inferior quedaba a veinte centímetros de las

rodillas, dejando al descubierto unas piernas de diseño anatómico perfecto.

—Siéntese —indicó Judith, mientras preparaba las copas.

Mayr ocupó parte de un diván, en un rincón propicio a la intimidad. Ella vino poco después, con las copas en las manos, y se inclinó deliberadamente para entregarle una a su visitante.

Luego, Judith se sentó frente a él y cruzó las piernas.

—¿Y bien? Hable, señor Mayr.

—Ayer estuve a visitarla, señora Crowan.

—Le recuerdo perfectamente —Judith le dirigió una penetrante mirada y luego exhaló una risita—: Usted no es hombre a quien se olvide con facilidad.

—Mil gracias, señora...

—Por favor, Judith a secas, Bob.

—Muy bien, Judith. Se trata de la floristería Nickerson.

—Sí, también lo recuerdo —la hermosa morena llevó su copa a los labios.

—Usted me dijo no saber nada de esa floristería.

—En efecto.

—Pero hoy mismo, esta tarde, la he visto a usted en el interior de una floristería cuyo título es Nickerson & Pellfort.

Judith sonrió.

—Ha sido una casualidad que usted pasara por delante de la tienda —dijo.

—No se puede negar, en efecto, pero, ¿por qué me mintió ayer?

—¿Quién le mintió, Bob?

—¡Usted! —acusó él.

Ella jugueteó con la copa mediada de licor.

—Bob, usted mencionó la floristería Nickerson, de Pellfort; no la floristería Nickerson & Pellfort. Esos dos nombres componen la razón social, ¿comprende?

—Su respuesta es un sofisma completo desde el principio al fin —declaró Mayr con acritud.

—Sofisma quiere decir un argumento falso que se intenta hacer pasar por verdadero.

—Exactamente.

—Bien, pero, ¿qué interés especial tiene para usted esa floristería?

—¿Le pertenece a usted, Judith?

—No. Soy la encargada, con plenos poderes. No soy rica —añadió ella con una risita—. Heredé algunos miles de mi padre, pero no dan lo suficiente para vivir de renta. Al menos, de la manera que me gusta vivir a mí —concluyó, moviendo el brazo izquierdo en semicírculo para señalar la decoración de la casa.

—Salta a la vista, Judith —dijo Mayr—. Pero no es cosa de broma, aunque usted crea lo contrario. Se han cometido tres asesinatos y los tres están relacionados con esa floristería.

Judith le miró durante unos momentos, muy seria. De repente, inexplicablemente, soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Qué divertido es usted, Bob! ¡Relacionar mi floristería con unos asesinatos! ¡Jamás había oído un disparate mayor, créame!

## CAPÍTULO VII

JUDITH se levantó y se acercó al diván, para tomar la copa que tenía Mayr en las manos. Una vez más, hizo una clara ostentación de sus indudables encantos físicos.

—No, gracias —dijo él—; ya no me apetece beber más.

—Yo sí —manifestó Judith—. Necesito beber otra copa, a fin de olvidar las barbaridades que acabo de escuchar.

—No son barbaridades, Judith. Se han cometido tres asesinatos y todos están relacionados con su floristería.

—Pero, ¿cómo puede decir una cosa semejante? —se indignó ella, desde el aparador de los licores—. ¿Acaso cree que me dedico al deporte de asesinar a la gente solo porque me aburro en mi soledad?

Sin levantarse del sillón diván, Mayr se volvió y miró a la joven.

—Judith, ¿ha oído hablar alguna vez de lord Cullmond?

—No, nunca.

—¿Y de Peter Bass?

—Usted ya conoce mis relaciones con él. Tal vez hubiéramos terminado casándonos. No sé, ahora él ha muerto y especular en tal sentido es absurdo.

—¿Qué me dice de Barry Nilhson?

—Desconocido —respondió Judith en tono desdenoso.

—A lord Cullmond se le hizo un envío desde su tienda...

—Eso no es cierto. Yo lo recordaría inmediatamente. Tengo buena memoria, Bob —protestó Judith.

—También a mí me enviaron un paquete desde la floristería

Nickerson.

—No es verdad. Escuche, Bob, guardamos duplicado de los talones de envío, con el nombre y la dirección de las personas a quienes se les envían flores. Cuando quiera, vaya a la tienda y pídame las copias de los talones de envío. Verá cómo no aparece ninguno de esos nombres que usted ha citado.

—Su memoria puede flaquear, Judith.

—¿En cuatro nombres? Puedo olvidar dos, tres... pero no cuatro. Repito que le autorizo a que examine los talonarios, Bob. Y si no estoy yo, pídaselo a la otra dependienta. Se llama Martha Boles.

—Esta tarde, estaba usted en la tienda.

—Martha y yo nos turnamos durante las horas de trabajo. La tienda está abierta todo el día.

Mayr se puso en pie.

—Creo que no tenemos más que hablar, Judith —le dijo.

Ella se apoyó en el aparador.

—¿Se marcha ya?

—Ya he obtenido todo lo que quería —contestó. De pronto, frunció el ceño—. Judith, ¿por qué me mintió usted, aunque fuese parcialmente, en las preguntas sobre la floristería Nickerson?

—¿Quiere saberlo, Bob?

—Se lo agradecería.

Judith se enderezó y caminó sinuosamente hacia el naturalista.

—Ayer estabas muy alterado —dijo, echándole los brazos al cuello—. Te mentí deliberadamente, porque sabía que, de un modo u otro, acabarías por saber que existe la floristería Nickerson. Entonces vendrías a pedirme explicaciones, como ya me las has pedido...

Rozó sus labios con los de su visitante.

—Aunque no lo creas, te he dicho la verdad Bol —murmuró con cálido acento.

La miró y sonrió.

—¿Tienes prisa? —preguntó.

Las manos de Mayr se apoyaron en los costados de la joven. Judith era realmente muy hermosa.

—Ninguna prisa, preciosidad —contestó. Y, de repente, los mórbidos brazos de Judith se enroscaron con fuerza en torno a su cuello y los labios de la bella florista buscaron con ansia los de su

visitante.

\* \* \*

Aquel hombre...

Sybil se sentía inquieta.

El individuo llevaba ya mucho rato parado en la acera de enfrente. De vez en cuando, se daba un paseo hasta una cafetería cercana, permanecía en ella unos momentos y luego volvía al mismo sitio, justo frente a la casa donde vivía la periodista.

Sybil se acostó. Intentó leer.

Inútil. Su mente no captaba las letras percibidas por sus retinas.

Apagó la luz. Una hora después, se confesó a sí misma que estaba completamente desvelada.

Sin encender la luz, se levantó, metió los pies en unas zapatillas, se puso la bata y caminó hasta la ventana.

El hombre continuaba en el mismo sitio, entre dos faroles, de modo que la luz no le diese en la cara.

La distancia era un tanto excesiva. Sybil no podía distinguir las facciones del sujeto que le preocupaba tanto.

Un automóvil llegó a poco y se detuvo junto a la acera. El hombre se metió en el coche, pero otro se apeó.

El vehículo arrancó de inmediato. Sybil observó que el recién llegado miraba hacia su ventana.

La vigilaban a ella, ya no cabía la menor duda.

Aunque no podía distinguirla con claridad, la cara del recién llegado le pareció conocida.

De pronto, se acordó de que tenía unos gemelos de teatro. Podían servirle, se dijo, mientras corría a buscarlos a la sala.

Cuando volvió, el vigilante había desaparecido.

Esperó pacientemente. El hombre salió minutos más de la cafetería y se dirigió a su puesto de vigilancia.

La muchacha asestó hacia él sus gemelos. Una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

—¡El chato!

Ahora no cabía duda. Sí, era aquel mismo individuo a quien había visto varias veces y cuya persecución había sido frustrada por una hábil estratagema.

Sybil empezó a ponerse nerviosa. ¿Qué hacía el Chato parado

tanto tiempo frente a la puerta de su casa?

El reloj de la sala sonó y dieron las tres de la madrugada. ¿Debía pedir socorro al profesor Mayr?

Aunque le llamase ahora mismo, en aquel preciso instante, tardaría en llegar no menos de cuarenta minutos, teniendo en cuenta que debía vestirse y salir en busca de su auto. Sí, por la noche podría correr más, gracia escasez de tránsito...

«Como sea, debo llamarle», decidió al fin.

Y corrió hacia el teléfono.

Marcó el número sin encender la luz, a fin de no hacer saber al Chato que estaba despierta. Luego esperó.

La comunicación se establecía. Al otro lado de la línea sonaba el teléfono.

Pero nadie contestaba,

Mayr debía de tener el sueño muy pesado, se dijo. Cortó un instante, esperó un minuto y volvió a marcar.

Así estuvo más de dos minutos, hasta que al final, desanimada, resolvió volver el teléfono a la horquilla. Por las razones que fueran, Mayr estaba ausente de su casa.

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró amargamente.

\* \* \*

Bob Mayr entró en su casa pasadas las tres de la madrugada. La velada, en compañía de la hermosa Judith Crowan había resultado sumamente agradable.

Había sondeado hábilmente a la mujer. Ella estaba al margen del asunto, aunque no debía descartársela por completo. Sí, parecía cierto que le hubiese engañado, al solo objeto de hacerle volver a su casa.

Una mujer caprichosa y ardiente, pensó mientras empujaba la puerta de su casa. Entonces se dio cuenta de que el teléfono estaba sonando.

Avanzó hacia la mesita donde estaba instalado y levantó el aparato.

—¿Diga? ¿Quién es? Casa del profesor Mayr. Conteste, por favor.

En aquel instante, el teléfono de Sybil estaba a un palmo de la horquilla. Sybil oyó las voces y se lo llevó a la oreja ansiosamente.

—¡Bob! ¡Soy Sybil! ¿Puede venir? Siento tantísimo molestarle, pero...

—¿Qué ocurre, Sybil? Parece que está alarmada por algo. Dígamelo, pronto —rogó el naturalista.

—Tengo un centinela delante de la puerta de mi casa. No sé qué está haciendo, pero llevan vigilándome mucho tiempo. Primero estuvo uno y luego lo relevaron. El que está ahora es... el Chato, Bob.

Mayr respingó.

—¿Sigue ahí todavía? Compruébelo a través de la ventana, Sybil.

—Está bien. Aguarde un instante.

Sybil dejó el teléfono y corrió hacia la ventana. Atisbó junto a las cortinillas y regresó segundos más tarde.

—Bob, el Chato continúa, en su puesto —informó.

—Está bien. Ahora mismo iré yo para su casa. Tardaré de treinta a cuarenta minutos, quizá algo menos.

—Sí, Bob, le espero —dijo ella, ya considerablemente más animada.

Dejó el teléfono en su sitio y alargó la mano hacia la caja de cigarrillos situada al lado. Pero no completó el gesto. No le convenía fumar; verían el resplandor del fósforo, por lo menos, y así sabrían que estaba despierta.

Una vez más, regresó junto a la ventana. El Chato si fumaba. Resguardado en el quicio de una puerta, permanecía, vigilante en la sombra.

Apenas se divisaba la silueta de su cuerpo. Pero, el puntito rojizo que brillaba en la oscuridad de la acera de enfrente, señaló a la muchacha que la vigilancia no cesaba un solo minuto.

El tiempo transcurrió con agónica lentitud. De vez en cuando, Sybil consultaba la hora.

Diez, veinte, treinta minutos...

Todavía no había señales de Mayr. ¿Le habría ocurrido algún accidente?

De repente, vio brillar unos faros de automóvil a lo lejos. La esperanza renació en su corazón.

Un vehículo rodó lentamente hasta detenerse junto a la acera, frente a la puerta de su casa. Al ver la clase de vehículo de que se

trataba, Sybil sintió que todo su optimismo desaparecía en un santiamén.

Era una furgoneta de reparto, de color oscuro, con un rótulo pintado en letras doradas sobre el costado, formando arco:

«NICKERSON. FLOWERS. PELLFORT.»

Dos hombres se apearon de la furgoneta. El Chato cruzó la calle y se unió a la pareja. Sybil, que lo veía lodo desde su ventana, tenía los nervios a punto de estallar.

Uno de los recién llegados volvió a la furgoneta. El otro, junto con el Chato, se dirigió hacia la casa.

## CAPÍTULO VIII

HASTA el último instante, Sybil permaneció junto a la ventana. Cuando oyó el timbre de llamada, abandonó sus últimas esperanzas.

El timbre sonó varias veces. Sybil se armó de valor. No abriría.

De repente, oyó que hurgaban en la cerradura. Entrarían en la casa, pese a todo.

De pronto, recordó que tenía algo más que su valor para defenderse. Corrió a su ropero, abrió uno de los bolsos y sacó el revólver.

Regresó a la sala y se situó en el umbral de la puerta de comunicación, con la mano izquierda junto al interruptor. Esperó.

La puerta del piso se abrió al fin. Sybil divisó claramente las dos siluetas de los forajidos, recortándose contra el fondo más iluminado del corredor. Entonces dio la luz.

—Adelante, caballeros —invitó con voz serena—. Pasen y vean esto que tengo en la mano, por favor.

El Chato y su acompañante se quedaron parados un momento. Sybil se dio cuenta de que realmente no esperaban verla armada.

—¿Desean algo de mí? —preguntó ella.

El Chato hizo un gesto con la cabeza.

—Cierra, Misha —ordenó.

El otro obedeció. Era un sujeto corpulento, de cabeza cuadrada, pómulos salientes y ojos ligeramente oblicuos.

Un tipo verdaderamente robusto, pensó Sybil, a pesar de que el Chato no era flojo.

—Será mejor que se marchen por donde han venido —dijo Sybil—. Vamos, fuera de aquí o empiezo a tiros con ustedes.

El Chato bajó la cabeza un instante, como si quisiera mirar mejor el revólver que Sybil sostenía en la mano derecha.

—No tengas miedo, Misha —dijo—. El seguro está echado.

—Siendo así —rio el otro—, todo resultará mucho más fácil.

—¿Eh? —exclamó Sybil.

Instintivamente, miró el revólver, apartando su atención de los dos forajidos. En el mismo momento, algo voló por los aires, golpeándole en plena cara y haciéndola vacilar ligeramente.

Otro cojín siguió al anterior, ambos procedentes del diván de la sala. Sybil lanzó un grito ahogado.

Antes de que pudiera recuperarse, unas fuertes manos la sujetaron y el revólver le fue arrebatado. Sybil sollozó de rabia impotente, más que de temor. El engaño la hacía sentirse sumamente irritada.

Sin contemplaciones, el Chato la empujó hacia el dormitorio.

—Vamos, vístase —ordenó—. Tiene que acompañarnos.

Misha encendió la luz. Roja de vergüenza, Sybil quedó en el centro de la pieza, inmóvil, apretando los puños de rabia.

—He dicho que se vista —gruñó el Chato—. ¿No me ha oído?

—Salgan de aquí —pidió Sybil—. Estoy en sus manos y no puedo resistirme... pero lo menos que puedo esperar es que respeten mi intimidad.

El Chato denegó la petición.

—Vístase ahora mismo o la vestiremos nosotros. ¡Elija!

Sybil se dio cuenta de que no tenía otra escapatoria. Dominando la vergüenza que sentía, se despojó de la bata, quedando solamente con una camisita de encajes, muy corta, que era la prenda que usaba de ordinario para dormir.

—Pues no está mal —comentó Misha complacido—. Realmente, tiene una figura preciosa, ¿verdad, Johnny?

\* \* \*

Mayr cubrió los últimos mil metros con los faros apagados, dejando solamente las luces de posición de su automóvil. A cincuenta metros, apagó el motor y

Rodó con la palanca de cambios en punto neutral, a fin de

disminuir el ruido.

Frenó y abrió la portezuela. Había una furgoneta parada ante la casa de Sybil. Mayr arrugó el entrecejo. ¿Dónde la había visto antes de ahora?

Se acercó al vehículo por uno de los costados. Con gran asombro, leyó el rótulo pintado.

Entonces comprendió el error de Sybil al darle la información sobre la floristería.

«Bueno —se dijo—, bien mirado, no ha sido un error total; La floristería Nickerson existe, a fin de cuentas.

El error de Sybil se debía a lo que él estimó una defectuosa colocación de las palabras que componían el título del establecimiento:

«NICKERSON. FLOWERS. PELLFORT.»

Dada la disposición de las palabras en arco, y la forzosa rapidez con que habían sido leídas, se comprendía la equivocación de Sybil, y asimismo era lógico suponer que la muchacha hubiese omitido el signo que sustituía a la conjunción «y», sobre todo, teniendo en cuenta que la palabra «Flowers» parecía verdaderamente hallarse situada en el centro de las otras dos y no en una posición superior.

Había un individuo en la cabina de la furgoneta. El tipo no parecía haber reparado en Mayr.

«O se está haciendo el indiferente», pensó él.

—Amigo —dijo, acercándose a la portezuela.

—¿Eh? —gruñó el conductor.

—¿Podría venderme un ramo de rosas? —preguntó Mayr educadamente.

La presencia de la furgoneta en aquel lugar tenía un objeto bien definido: el rapto de Sybil.

—Estas no son horas de vender flores —rezongó el conductor.

—¿Ni siquiera coliflores... o plantas carnívoras... o mariposas con agujones?

El hombre se sobresaltó. Súbitamente, abrió la portezuela y saltó a la acera, a la vez que sacaba una pistola.

El paraguas de Mayr se volvió velozmente.

«¡Crack»!, y la pistola saltó por los aires, al recibir los nudillos

del pistolero un seco y contundente golpe.

«¡Crack!», por segunda vez.

El segundo paraguazo fue dirigido a la frente del conductor, quien empezó a tambalearse, aturdido e incapaz de reaccionar. Un tercer golpe, en el mismo sitio del anterior, terminó de privarle del sentido.

El hombre cayó hacia atrás, casi sentado sobre el asiento de la furgoneta. Mayr dejó el paraguas en el suelo, agarró las piernas del conductor y terminó de meterlo dentro de la cabina, cerrando a continuación.

La pistola estaba en el suelo. Mayr recogió el paraguas y lo usó como un bastón de golf, enviando el arma a un imbornal de alcantarilla cercano.

Hecho esto, miró hacia la casa.

—¡Al ataque! —exclamó, a la vez que cruzaba la acera a todo correr.

Pronto llegó a la planta donde estaba situado el departamento de la muchacha, pero no cometió el error de llamar al timbre.

Escuchó. Creyó oír voces al otro lado de la puerta.

Lenta y cautelosamente hizo girar el pomo. La puerta se abrió. Sybil debería tenerla cerrada con llave, pensó.

Entró en el piso. Había luz en la sala y en el dormitorio.

De repente, Sybil apareció ante sus ojos, flanqueada por dos individuos.

—¡Bob! —gritó la joven, sin poder contenerse.

El Chato y su compinche se quedaron parados un instante, sorprendidos por la inesperada presencia de Mayr en el piso. Luego, de pronto, Misha metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó una pistola.

Algo relampagueó en el aire. Mayr se quedó con la mitad del paraguas en la mano izquierda, mientras que en la derecha tenía el puño, prolongado en una hoja de acero de unos setenta y cinco centímetros de longitud.

El estoque silbó en el aire y fue a hundirse en el hombro derecho de Misha, de cuyos labios se escapó un aullido de dolor. El Chato quiso sacar su pistola, pero, reaccionando, Sybil le pegó un terrible empujón con ambas manos, derribándole al suelo.

A pesar de todo, el Chato quiso recuperar la pistola. La punta del

estoque se apoyó en el dorso de su mano.

—Tóquela y le clavo la mano al suelo —dijo Mayr.

El pistolero se amedrentó.

—Levántese —ordenó Mayr.

El Chato obedeció.

—Vamos a ver —siguió el naturalista—. Ahora, usted va a decirme una cosa...

Un chillido de Sybil le interrumpió de repente.

—¡Bob, cuidado!

Era ya demasiado tarde. Algo golpeó la nuca del profesor con dureza.

Mayr se tambaleó, mientras veía todas las estrellas del firmamento. Empezó a caer, sintiendo una enorme laxitud en sus miembros. Alguien le arrebató el estoque.

«Ahora me atravesarán de parte a parte», pensó, mientras se desplomaba sobre la alfombra.

Oyó voces, imprecaciones, un grito de Sybil y luego un chillido de dolor. Después, un seco portazo y el ruido de una llave al girar en la cerradura.

Sybil se arrodilló a su lado.

—Bob, Bob —llamó ansiosamente—. Despierte, ya se han ido. Los he echado...

El joven hizo un esfuerzo para incorporarse.

—Un paño mojado... —pidió torpemente.

Sybil corrió al baño y volvió enseguida con una toalla mojada. La frescura del líquido hizo reaccionar a Mayr, quien, unos momentos más tarde y aunque ayudado por la joven, podía ya sentarse en un sillón.

—Tome, beba —dijo ella.

El licor terminó de reanimar a Mayr. Miró a Sybil y sonrió.

—¿Cómo pude dejarme vencer tan fácilmente? —dijo,

—Misha le pegó un terrible puñetazo en la nuca con la mano izquierda, por debajo del sombrero.

—Claro, de otro modo, el golpe no habría tenido efectividad.

—Así es. Luego quisieron llevarse a Mayr, pero yo ya tenía su estoque y empecé a defenderme. Además, Misha gritaba que se estaba desangrando y echó a correr. El Chato corrió tras él y yo les perseguí. Todavía pude pinchar a ese canalla en un punto muy

sensible de su anatomía, antes de que cruzara el umbral de la puerta.

—Es usted muy animosa —sonrió Mayr—. ¿Cómo se dio cuenta de que pretendían raptarla?

—Estaba inquieta, no podía dormir...

Sybil explicó todo lo sucedido hasta el momento de la llegada del naturalista a su casa. Mayr la escuchó en silencio.

—No les gusta que intervengamos en su negocio —dijo al fin.

—Sí, pero, ¿qué clase de negocio es?

—Asesinar a hombres ricos, Sybil.

—Eso podría comprenderse mejor si no se dedicasen a científicos ricos. No lo entiendo, Bob, se lo digo francamente.

—Pues alguna explicación ha de tener, aunque por ahora no se me alcanza cuál —respondió él—. ¿Se ha dado cuenta de que sufrió un error al creer que la floristería Nickerson podía estar en Pellfort?

—Lo leí claramente en los costados de la furgoneta, Bob.

Mayr le explicó a la muchacha en qué consistía su error. Sybil hizo un gesto de duda.

—Si usted lo dice, así debe de ser —admitió—. Bien, Bob, ¿qué haremos ahora?

—Si no le importa, yo me quedaré en el diván de la sala —propuso él—. No creo que esos rufianes vuelvan, pero conviene estar prevenidos.

—Gracias —dijo ella, conmovida.

Luego preguntó:

—Por cierto, Bob, ¿de dónde sacó ese estoque, que supo usar tan hábilmente?

Mayr emitió una ladina sonrisa.

—Influencias de la televisión —dijo.

—Pues no cabe duda de que Misha se llevó un buen sablazo —Sybil lanzó un profundo suspiro—. Si supiera la angustia que pasé, cuando sonaba su teléfono y usted no contestaba...

Mayr adoptó una apariencia de virtud y modestia.

—Estuve cenando con algunos colegas —mintió—. Ya sabe usted, una cena informal, donde se come y se charla de todo lo divino y lo humano... y se critica a los ausentes, como es lógico. Luego, la reunión se prolongó un poco más de lo ordinario y...

—Comprendo. Diversiones de solteros, ¿no?

—Exactamente, Sybil —contestó él sin pestañear

## CAPÍTULO IX

LA puerta de la floristería se abrió y sonó una campanilla de suaves tonos. Había una joven arreglando unos ramos de flores y se volvió al oír la campanilla.

Bob Mayr se percató de que el aspecto de la dependienta era ahora muy distinto de cuando la vio salir de casa del profesor Nilhson. Entonces parecía mucho más joven e insignificante, pese a su elevada estatura, que en el momento actual.

Ahora, Martha Boles era una mujer de unos treinta y cinco años, vistosa, elegante con su blusa cruzada, verde, en la cual y sobre el seno izquierdo, se leía el nombre de la floristería. La blusa tenía una hechura sumamente atrevida: gran escote en V y mangas muy cortas y amplias.

Martha se peinaba sofisticadamente y su cara estaba maquillada con habilidad, pero el conjunto resultaba de gran atractivo. Una mujer enteramente distinta de la que había visto en casa de Nilhson.

—Caballero —dijo Martha.

¿Le había reconocido?, se preguntó Mayr. En todo caso, la florista poseía un asombroso dominio de sus reacciones.

—Desearía enviar un buen ramo de flores a una dama —dijo Mayr—. Rosas rojas, por ejemplo.

Martha le enseñó un ramo. El naturalista denegó con un gesto de cabeza.

—Bonito, pero no es lo que yo quiero —manifestó—, tampoco es necesario que sean rosas rojas. Lo que deseo es que ella quede

complacida.

—Trataré de satisfacer sus deseos, señor —contestó Martha—. Dígame, ¿le gustan estas orquídeas? Son naturales, cortadas hoy mismo; no conservadas por congelación...

—Tienen ustedes unas flores muy atractivas —dijo Mayr—; pero no acabo de encontrar lo que busco. Lo que hay a la vista, ¿son todas las existencias de la tienda?

—En la parte posterior tenemos un pequeño invernadero de conservación —dijo Martha—. Tal vez allí encuentre lo que desea, caballero.

—¿Sería demasiada molestia...?

Martha sonrió.

—Estamos para servir al cliente, señor —respondió—. Acompañeme, se lo ruego.

—Muy amable, señorita.

Martha abrió una puertecita lateral y se quedó a un lado, invitando a Mayr a pasar el primero. Mayr hizo un gesto con el sombrero, que ya tenía en la mano.

—Por favor, señorita.

—Gracias —sonrió Martha; y entró en el corredor que conducía al invernadero.

Tenía un tipo estupendo, apreció Mayr, mientras caminaba tras ella. No tardaron en llegar a una espaciosa habitación, uno de cuyos lados era toda una pared de cristal, y en donde abundaban las macetas con flores de todas clases.

—¿Tulípanes? ¿Lirios? —sugirió Martha—. ¿Camelias? ¿Claveles?

La contera del paraguas señaló de repente las flores de una maceta de pequeñas dimensiones.

—Me gustan —dijo—. ¿Qué flores son?

—Una orquídea de nueva especie, cultivada en nuestros propios jardines. El botánico que se encarga de los jardines le dio un nombre especial para diferenciarla de las demás: Nickersonian Orchid.

—En honor a la tienda.

—A la dueña, mejor dicho. Se llama Sandra Nickerson.

—Ah, comprendo. —Mayr se acercó al tiesto—. ¿Están a la venta?

—Naturalmente, caballero. ¿Adónde quiere que se las envíe?

—Tome nota, señorita, por favor.

Martha sacó una libreta de uno de los bolsillos de la bata y se dispuso a escribir.

—El nombre es Sybil Doary, número cuatrocientos, calle Herton.

—Entendido. ¿Algo más, caballero?

Mayr se quedó decepcionado. Martha no había mostrado el menor signo de emoción al oír el nombre de la periodista.

—Eso es todo... —Mayr contempló las orquídeas—. Realmente, son preciosas —alabó.

Estaba a menos de un metro de las flores. De repente, un chorro de vapor brotó de la corola de una de las orquídeas y le dio en pleno rostro.

Mayr se tambaleó. Un olor dulzón hirió su olfato,

Vagamente se dio cuenta de que el gas tenía una gran potencia narcótica.

Empezó a caer. En el suelo, hizo un esfuerzo y se volvió boca arriba.

Martha le miraba y sonreía. Era bella, muy bella, con la misma belleza del ángel del mal.

Un segundo después, el sonriente rostro de Martha desapareció detrás de una nube de negrura total.

\* \* \*

Mayr retornó a la vida.

Primero notó como un raro despertar, con un embotamiento de la mente que se aclaraba gradualmente. Después oyó sonidos.

Voces humanas.

Enseguida, otro de sus sentidos empezó a funcionar.

El olfato. Olía a húmedo, a poco ventilado.

El tacto le dijo que estaba tendido en el suelo liso, sin otra protección que su ropa. El sentido del gusto le informó de que tenía un pésimo sabor de boca.

«Consecuencias del narcótico», pensó.

Por último, empleó el sentido de la vista.

Abrió los ojos. Tendido como estaba levantó un poco la cabeza. Exploró visualmente el nuevo ambiente.

Hallábase en una estancia sin ventanas, de forma cuadrada,

destinada, al parecer, a almacén de trastos viejos, aunque solo había un par de estantes vacíos y algunos cajones igualmente vacíos.

Miró hacia el lugar de origen de los sonidos.

La puerta. Estaba entreabierta. Sobre el dintel, una bombilla de escasa potencia, sujeta a la pared, alumbraba la estancia.

—Hay que resolver cuanto antes este asunto —dijo de pronto una voz masculina.

—Cálmate, Andy —habló Martha Boles—. Este es un asunto que ya está resuelto.

—El tipo sigue con vida.

—No por mucho tiempo —dijo ella, riendo.

Mayr se estremeció.

—Estos salvajes piensan acabar conmigo —masculló.

Y fue a levantarse, pero solo entonces se dio cuenta de que estaba fuertemente atado de pies y manos.

—Pero, ¿dónde diablos está Johnny? —preguntó el hombre, impaciente.

Martha consultó su reloj.

—Ten un poco de calma —pidió—. Barrow Castle no está a la vuelta de la esquina, precisamente.

Mayr aguzó el oído al escuchar aquellas palabras, ¡Barrow Castle!», repitió mentalmente.

Se acordó del dibujo hallado sobre la mesa del profesor Bass. Había en la misma cuartilla cuatro iniciales, en dos parejas. «P. H. = B. C.».

La última pareja de iniciales correspondían, evidentemente, a Barrow Castle. Bien, algo había averiguado. Ahora solo faltaba localizar el emplazamiento de dicho lugar.

¿Podría hacerlo, dada su situación actual?

Haciendo un esfuerzo, se sentó en el suelo. Buscó la forma de escapar de allí.

Miró hacia el techo. Pendiente de una anilla, empotrada en el mismo, había un juego de poleas, con cadenas, sin duda para elevar bultos de peso, por medio de un pequeño molinete con multiplicación de engranajes, a fin de ahorrar esfuerzos.

De repente se oyeron pasos en la estancia contigua.

—Menos mal —dijo el hombre llamado Andy—. Ya estás aquí.

—Había mucho tráfico. —contestó el Chato—. ¿Qué sucede

ahora?

—Tenemos un trabajito para ti. ¿Todo en orden en Barrow Castle?

—Sí. Bueno, Misha está que rabia. El estoque de ese sujeto le perforó el hombro.

Sonó una risita.

—Mayr ve demasiadas películas de agentes secretos —dijo Martha—. Bien, vamos a liquidar este asunto.

La puerta se abrió y tres personas penetraron en el cuarto. Martha sonrió al ver a Mayr sentado en el suelo.

—¿Qué tal se ha dormido? —preguntó, en tono de broma.

—No puedo quejarme. Ambiente perfumado, música de fondo, colchón de plumas... Solo me ha faltado usted para reclinar mi cabeza en su regazo —contestó Mayr con ironía.

—Su humor es excelente —sonrió ella—. Le presento a dos buenos amigos míos. Andy Pellfort y Johnny Ouckra.

—¿Qué tal, Andy? —saludó Mayr—. El otro miembro de la razón social, ¿no?

—Justamente —admitió Pellfort sin pestañear. Era un sujeto de unos treinta y cinco años, apuesto y de facciones agradables.

—Usted y yo ya nos conocemos —dijo el Chato.

—Sí, nuestras vidas han colisionado en algunos momentos de sus respectivos rumbos —admitió Mayr, con voluble acento.

—Esta es nuestra última colisión —rezongó Ouckra.

—Lo siento —dijo Martha—, profesor, no podemos dejarle con vida.

«De nada servirá mostrar temor», pensó el prisionero.

—¿Cuál va a ser el procedimiento de eliminación? —preguntó tranquilamente.

—Enséñaselo, Johnny, ¿quieres? —indicó Martha.

—Con mucho gusto —accedió el Chato, sonriendo torvamente.

Se acercó a la pared y manejó la maquinilla, haciendo que el gancho de la polea descendiera hasta el suelo. Metió el gancho en una anilla encastrada en el suelo y luego accionó el molinete en sentido contrario.

Una pesada losa, de más de un metro cuadrado de extensión, se despegó inmediatamente del suelo. La atmósfera se vio invadida por un olor fétido y nauseabundo que surgía del hueco.

Al mismo tiempo, Mayr oyó ruido de corriente de agua a varios metros por debajo del nivel en que se hallaba.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Uno de los más importantes colectores de Londres. Desemboca directamente en el Támesis, a muchos kilómetros de la capital. Mañana encontrarán en el río el cuerpo de un desconocido... o pasado o dentro de equis días —declaró Martha con pasmosa sangre fría.

—Me identificarán enseguida —dijo Mayr.

—Primero, Johnny le despojará por completo de todas sus ropas. Luego le quemará la cara y las yemas de los dedos con ácido... tras haberle narcotizado, por supuesto. Finalmente, su cuerpo insensible e irreconocible irá a parar a la alcantarilla.

—Buen banquete para las ratas —exclamó el prisionero sin perder la presencia del ánimo.

—Ciertamente —concordó Martha, con la sonrisa en los labios —. ¿Vámonos, Andy?

—Cuando quieras, preciosa.

En el momento de cruzar la puerta, Martha dijo:

—Ahora, a casa de esa entrometida. Vamos a ver si terminamos de una vez con ella, Andy.

## CAPÍTULO X

MAYR y el Chato quedaron a solas. El Chato sonreía.

—Conque su compañero rabia, ¿eh? —dijo.

—Figúrese —contestó Ouckra—. La verdad es que usted le dio un buen sablazo.

—Me porté con él demasiado compasivamente. Debía haberle atravesado la barriga.

—Mala suerte para usted y buena para él —Ouckra se arrodilló al lado del prisionero y sacó una navaja—. Créame, no es nada personal, profesor.

—Ya, ya —contestó Mayr con sorna—. ¿Qué va a hacer?

—Cortar su ropa por donde están las ligaduras. Así no tendré que quitárselas por ahora.

—Ah, entiendo. Me tumbaré de espaldas; de este modo, usted podrá trabajar mejor.

—Es usted muy amable, profesor.

—Empiece por los pies, le resultará más cómodo.

—Una sugerencia muy aceptable. Está usted muy versallesco, profesor.

—Me gusta facilitar la tarea a mis amigos —contestó Mayr.

Ouckra se trasladó hasta situarse a los pies del prisionero. Mayr elevó ligeramente la cabeza.

Su posición no era muy buena. Haciendo un esfuerzo, hizo girar el cuerpo longitudinalmente, de modo que sus pies se separaron medio metro del punto donde estaban.

—¡Eh! —protestó el Chato—. ¿Qué está haciendo?

—Perdón, pero tengo las manos a la espalda y me sentía incómodo —se excusó Mayr.

Ouckra emitió un gruñido de descontento, y arrodillado como estaba, se trasladó de nuevo junto al prisionero. Era lo que Mayr estaba buscando.

Sus rodillas se elevaron y las piernas se encogieron bruscamente. El Chato empezó a decir algo.

Mayr no sabía nunca qué era lo que había querido decir su antagonista. Los pies, se dispararon con terrible ímpetu y alcanzaron de lleno la cara de Ouckra, proyectándole hacia atrás con inenarrable violencia.

Ouckra gritó. Cayó de espaldas, pero el impulso recibido era muy fuerte y sus hombros desaparecieron en el hueco.

Lo último que Mayr divisó fueron los pies del Chato, que se agitaba espasmódicamente en el aire. Sonó un grito de terror.

Por encima del fragor del torrente de aguas negras, Mayr oyó el estremecedor sonido de un cráneo humano al chocar con algo más duro todavía. Luego percibió un ligero chapoteo.

Mayr se dio la vuelta y quedó boca abajo. Reptando con no pocas dificultades, se acercó a la abertura.

Miró hacia abajo. La cloaca estaba a oscuras. Supuso que las luces solo se encenderían cuando tuvieran que recorrer el túnel los empleados del alcantarillado.

Se imaginó lo ocurrido. Al caer, Ouckra se había golpeado contra el camino de servicio, rebotando luego al agua. Si el golpe no le había matado, era seguro que por lo menos le había hecho perder el sentido.

«No sobrevivirá», se dijo.

Luego reparó en la navaja del Chato, caída en el suelo, a un palmo de su cara.

Movió la cabeza y, tras algunos tanteos, logró morder el mango.

«La tarea será dura, pero debo empezar inmediatamente», pensó mientras buscaba la posición conveniente para cortar mejor sus ligaduras.

\* \* \*

Habría dado algo bueno por una copa al sentirse libre. Lo único que podía hacer era buscar un poco de agua.

Bajó la losa, dejando cubierto el hueco. Luego pasó a la trastienda.

El silencio era absoluto. Consultó el reloj y se asombró de ver que eran más de las tres de la madrugada.

«He dormido demasiadas horas», se dijo, desalentado.

Pero no era suya la culpa, claro.

De pronto vio unos objetos que le llenaron de alegría. Su paraguas estaba intacto y el estoque en su sitio.

Se puso el sombrero y dio un golpecito en la copa.

—Ya soy otro.

Luego buscó el teléfono y marcó el número de Sybil. Oyó que sonaba el timbre y esperó.

Pero sus llamadas resultaron estériles. Nadie contestaba.

Mayr empezó a temer por la suerte de la muchacha. Martha Boles lo había dicho bien claramente.

Ella y Pellfort habían ido a terminar de una vez con la entrometida periodista.

De repente, Mayr se sintió inflamado de cólera. Su mano se crispó sobre el puño del paraguas.

—Lo pagarán caro si le ocurre algo —dijo, a la vez que se dirigía hacia la salida.

La puerta estaba cerrada, naturalmente, pero no le importó descerrajarla. Buscó su coche.

Tenía una multa por estacionamiento indebidamente prolongado. Guardó el papel en el bolsillo, abrió la portezuela y se sentó tras el volante.

Segundos más tarde, arrancaba zumbando en dirección a la casa de la joven. Los minutos se le hicieron siglos, hasta que pudo llamar a la puerta.

Le sucedió lo mismo que con el teléfono: nadie le contestaba. En vista de ello, se dispuso a entrar por la fuerza.

Retrocedió unos pasos, tomó impulso y saltó hacia adelante. La puerta cedió con singular facilidad.

«Toma, no estaba cerrada», pensó, mientras rodaba aparatosamente por el suelo.

Se levantó y recogió el sombrero y el paraguas. Había hecho bastante ruido, pero nadie acudió al estruendo.

Recorrió la casa. Estaba vacía y en orden.

—No lo entiendo, no lo entiendo. Tendría que haber señales de lucha...

De repente, se le ocurrió una idea.

Cerró la puerta, que había quedado abierta de par en par, y buscó la guía telefónica. No tardó en encontrar la dirección de un tal Andrew Pellfort.

—De modo que vive aquí —murmuró—. Bien, señor Pellfort, muy pronto va a recibir usted una visita totalmente inesperada.

De repente, se sintió muy cansado. Un par de horas de sueño natural, no a base de narcótico, le sentarían bien, se dijo.

Y a Sybil no le molestaría que usara su diván.

Momentos después, dormía como un tronco.

\* \* \*

Andy Pellfort oyó el timbre de llamada y masculló algo mientras se ponía la bata. Calzado con unas simples zapatillas, abandonó el dormitorio y cruzó la sala, hasta llegar a la puerta, que abrió de inmediato.

Sus ojos se desorbitaron al verse delante del profesor Mayr.

—¡Usted! —exclamó.

—Vivito y coleando —respondió Mayr con desparpajo.

Y movió el paraguas con rapidez.

Pellfort recibió el golpe de la empuñadura en la frente y se tambaleó. Un rugido de dolor se escapó de sus labios.

Retrocedió. La contera del paraguas le empujó despiadadamente, haciéndole caer de espaldas.

Intentó levantarse y gateó por el suelo. El paraguas le golpeó despiadadamente en las posaderas.

—¡Ay! —gritó.

Cayó de bruces. La contera le pinchó en los riñones,

—Vamos, levántese —le apostrofó Mayr—. Tanta fachada y luego resulta que es un alfeñique.

Casi llorando, Pellfort caminó hacia un sillón próximo, en el cual se sentó a indicación del profesor. Había sido cogido por sorpresa y no acertaba a reaccionar.

—¿Dónde está? —preguntó Mayr.

—¿A quién se refiere usted? —preguntó Pellfort.

—A la entrometida, claro.

—¿La periodista?

—Sí. Hijo, parece usted tonto. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? Usted y esa bella arpía, llamada Martha Boles, fueron desde la tienda a casa de Sybil Doary.

—Sí, pero ya no estaba allí.

Mayr enarcó las cejas.

—Está mintiendo —dijo.

—Se lo juro...

El estoque brilló repentinamente y su punta se apoyó en el pecho de Pellfort.

—Está mintiéndome —dijo—. La raptaron y luego la asesinaron...

—¡No, le juro que no! —chilló Pellfort, lleno de pánico—. Ella se había ido ya cuando nosotros llegamos.

El sujeto parecía sincero, se dijo Mayr. Sí, cabía la posibilidad de que Sybil se hubiera ido. Pero, ¿dónde?

—¿Qué... qué le ha pasado a Johnny? —preguntó Pellfort.

Mayr le miró con dureza.

—Ha seguido el camino que ustedes me habían señalado —contestó.

—¿Muerto?

El profesor se encogió de hombros.

—¿Dónde está Barrow Castle? —preguntó de súbito.

—En... en Minor Island. Es una de las islas del grupo de las Scilly...

—¿Qué hay allí?

Pellfort apretó los labios. La punta del estoque le pinchó la carne.

—¡No empuje más! —gritó descompuestamente—. ¡Es nuestro cuartel general!

—¿Cuartel general de qué?

Pellfort bajó la cabeza.

—Falsificaciones —respondió, abrumado por la derrota.

\* \* \*

Mayr entró en su casa pasado ya el mediodía. No podía dirigirse a Minor Island sin antes preparar concienzudamente su viaje.

Como naturalista, poseía en casa libros de Geografía y mapas muy detallados. Esperaba hallar datos sobre Minor Island, los suficientes para actuar sobre el terreno.

Abrió la puerta de la sala de trabajo y se quedó parado.

Sybil estaba allí, consultando un gran mapa extendido sobre la mesa de despacho. Al ruido de la puerta alzó la cabeza y miró a Mayr sonriendo.

—Menos mal —dijo—. Le he estado buscando por todas partes hasta que, desesperada, se me ocurrió venir a su casa. Sabía que acabaría por volver de nuevo.

Mayr se quitó el sombrero y dejó el paraguas sobre una silla.

—Pues ha estado a punto de equivocarse radicalmente —contestó—. Como se suele decir en casos semejantes, estoy vivo de milagro.

Sybil se enderezó, vivamente sorprendida.

—¿Qué le ha pasado, Bob? —exclamó.

—Ya se lo contaré luego. Ahora, dígame, ¿por qué no estaba usted en su casa?

—Después de lo ocurrido, me pareció un lugar poco seguro, Bob. Pasé algunas horas en casa de una amiga, pero luego me vine a la suya, en vista de que usted no contestaba a mis llamadas.

—Hizo bien. Estuvieron a buscarla para matarla, Sybil. Esta vez la cosa iba en serio. Ya le digo que yo me he salvado por milagro... aunque el Chato ya no molestará más a nadie.

Los ojos de la joven se oscurecieron.

—¿Qué pasó, Bob? —inquirió.

Los ojos del joven se posaron en el mapa desplegado sobre la mesa.

—Apuesto algo a que está buscando la situación de Minor Island —dijo.

—Sí, ¿cómo lo sabe usted? —preguntó ella, sorprendida.

—Se lo arranqué al otro miembro de la razón social Nickerson & Pellfort. Minor Island pertenece al grupo de las Scilly y apenas si es más que una roca en el océano. Allí está Barrow Castle.

—Lo sé, Bob. Mi amiga tenía en casa folletos turísticos. En uno de ellos venía una fotografía panorámica de Minor Island. Es exactamente igual al dibujo que dejó el profesor Bass.

Mayr señaló hacia la biblioteca.

—Ahí encontraremos más datos, Sybil —manifestó— Dígame, ¿se atreverá a ir a Minor Island?

Ella sonrió.

—Es lo que más estoy deseando, Bob —respondió— Pero ahora, el turno de las explicaciones le toca a usted.

—Con mucho gusto, aunque, ¿por qué no lo hacemos delante de un plato con comida? Confidencialmente, estoy desfallecido de hambre.

—Pobrecito —dijo Sybil riendo—. ¿En qué condiciones está su frigorífico?

—Óptimas —contestó él—. Siempre lo tengo a punto para resistir el sitio más enconado.

—Entonces, vamos, allá. Es preciso silenciar los gritos de su estómago.

—Más que gritos, son alaridos —declaró Mayr, muy serio.

## CAPÍTULO XI

LA mole casi cónica de la isla se recortaba en la oscuridad, destacando contra el cielo estrellado, en el que todavía no había aparecido la luna, ya en cuarto menguante. El mar estaba bastante tranquilo, aunque el frágil esquife en que viajaban los dos jóvenes se agitaba un tanto, debido a su liviana estructura.

Desde la embarcación, podían escuchar el golpeteo de las olas contra las rocas del islote. Arriba, en la cumbre, a ciento veinte metros de altura, se divisaban un par de lucecitas amarillas.

—Hay alguien en el castillo —dijo Mayr.

—Es lógico, si allí está su cuartel general.

A doscientos cincuenta metros de la isla, Mayr paró el motorcito fuera borda que había propulsado la embarcación hasta entonces. Destrincó los remos y empezó a bogar.

Sybil, en la popa, le guiaba para dirigirle al lugar adecuado de desembarco. No tardaron en penetrar en una diminuta ensenada, en cuyo fondo se veía un pequeño muelle de cemento, con una escalera que llegabas al mar.

Amarrada al muelle había una gran lancha motora, con puente y cámara. El embarcadero aparecía desierto en aquellos momentos.

En el último instante, Mayr dejó los remos y saltó a tierra con el cabo de amarre en las manos. Una vez sujeta la lancha, ayudó a Sybil a abandonarla.

Las luces de Barrow Castle se veían en lo alto, a una distancia que la noche hacía imprecisa. A pocos pasos del embarcadero arrancaba una escalera de peldaños de piedra.

—¿Cómo haremos para entrar en el castillo? —preguntó Sybil.

—Llamando a la puerta, no, desde luego —contestó él—. Espere un momento.

Saltó a la lancha y recogió una bolsa que había en el fondo. Volvió de nuevo a tierra y se colgó la bolsa de la espalda. Sybil observó que aquella bolsa era de gran tamaño, aunque no parecía excesivamente pesada.

La escalera terminaba a los treinta peldaños. A partir de aquí, se convertía en un camino serpenteante que conducía a la cima de Minor Island. La pendiente no era, sin embargo, demasiado fuerte y la marcha se realizaba sin exceso de fatiga.

De repente, Sybil, que iba ligeramente adelantada con respecto a Mayr notó un roce en la pierna derecha al moverla para dar un paso. Una exclamación brotó de sus labios.

—¿Qué le sucede? —preguntó él.

—He tropezado con algo... No sé qué es...

Mayr se arrodilló. Sacó una linterna del bolsillo y, cubriendo la luz con la mano, alumbró el suelo.

No tardó en divisar un hilito brillante, metálico, caído sobre el camino. Lo tocó con los dedos y en el acto notó su falta de tensión.

—Lo ha roto usted con la pierna, Sybil —dijo.

—¿Qué era, Bob?

—Un alambre que cruzaba el camino de parte a parte. Hablando claro, una alarma.

Sybil se sobresaltó.

—Entonces ya saben que estamos aquí —exclamó.

—Es lo más probable —admitió él, sin preocuparse demasiado.

Se puso en pie y guardó la linterna.

—Son muy precavidos, pero, con un poco de suerte nos burlaremos de ellos. Venga, Sybil, deme la mano.

La muchacha obedeció. Mayr se apartó del camino y buscó otra ruta a través de la ladera rocosa. Ahora ascendían siguiendo un camino en espiral. El camino ordinario estaba completamente despejado y sus siluetas se divisarían con facilidad.

De pronto, Sybil dijo:

—Mire, Bob.

La puerta del castillo acababa de abrirse a unos ciento cincuenta metros de distancia. Dos figuras humanas se divisaron un instante y

luego, se esfumaron en las tinieblas.

—Salen a buscarnos —dijo él tranquilamente—. Agáchese aquí, Sybil.

Ella le siguió hasta una roca protuberante, tras la cual se agazaparon, viendo los resplandores de dos linternas que se movían irregularmente.

Una voz sonó a treinta o cuarenta pasos de distancia:

—¡Bafd, tú por la derecha, yo iré por la izquierda! ¡Si ves a alguien, dispara a matar en el acto!

—Está bien, Misha.

Sybil ahogó un grito de terror. Mayr apretó su brazo con la mano, a fin de infundirle ánimo.

Arrodillado como estaba, tanteó el suelo, hasta hallar un pedrusco de regulares dimensiones. Los pasos del sujeto llamado Bafd se oían cada vez más cercanos.

Mayr aguardó con los nervios en tensión. Una figura humana apareció de pronto ante sus ojos, a cuatro o cinco pasos de distancia.

Bafd les daba la espalda. Sin embargo, era cuestión de segundos solamente que el que se volviera y les enfocara con su linterna.

La piedra voló repentinamente por los aires y alcanzo a Bafd en el cogote. «¡Crock!», se oyó.

Bafd se desplomó sin un grito. Mayr saltó hacia adelante y agarró la pistola caída, lanzándola todo lo lejos que pudo.

Puso una mano en la espalda de Bafd. Su corazón seguía latiendo.

—Pero tiene para rato —dijo al regresar junto a la muchacha, con la linterna de Bafd en la mano.

—Ha sido un buen golpe, en efecto —convino Sybil— ¿Qué hacemos ahora? ¿Por qué no nos movemos?

—Espere un poco.

Transcurrieron algunos minutos. De repente, se oyó una voz humana:

—¡Bafd! ¿Dónde estás? ¿Has encontrado algo?

—Sí, —contestó Mayr, ahuecando la voz—. Ven, pronto.

Se oyeron pasos precipitados en las inmediaciones de la roca. Un hombre apareció corriendo delante de la pareja.

La pierna derecha de Mayr se adelantó venenosamente. Misha

tropezó y cayó.

Un agudo chillido se escapó de sus labios. Al caer, había golpeado el hombro herido contra el suelo.

Mayr saltó hacia el individuo, le hizo dar la vuelta y le asestó un seco rechazazo a la mandíbula, dejándolo sin conocimiento instantáneamente. La pistola de Misha voló también a gran distancia.

Acto seguido, Mayr, con la sonrisa en los labios, se volvió hacia la joven y exclamó:

—El paso está franco.

\* \* \*

—El paso está franco —repitió Sybil—. En tal caso... ¿por qué no vamos por la puerta principal?

—Bueno, siempre conviene coger al enemigo por retaguardia, ¿no? Además, verán que Misha y Bafd tardan. Eso les hará recelar y se situarán ante la puerta, dispuestos a darnos una calurosa acogida. Esto es, precisamente, lo que yo trato de evitar, Sybil.

La joven asintió. Luego, temerosamente, miró hacia atrás.

Estaban en la cumbre, al pie de uno de los muros del castillo, a unos ciento cincuenta metros sobre el mar. La luna en menguante iluminaba el panorama.

En aquel punto, la ladera era sumamente escarpada. Cualquiera que cayese, rodaría sin parar hasta el mar, cuyas espumas blanquecinas se divisaban allá abajo. Las olas golpeaban la costa sin cesar.

Soplaba una fresca brisa que le traía emanaciones marinas. Arrodillado en el suelo, Mayr desató la bolsa y sacó su paraguas en primer lugar. Luego extrajo el sombrero hongo, que se puso en el acto y, por último, extrajo una escala de cuerda.

El material era sumamente ligero, lo que no excluía una gran resistencia. Mayr miró hacia arriba.

El borde del muro, en aquel punto, estaba a unos siete metros. Tomó impulso y lanzó hacia arriba el gaucha en que remataba la escalera.

A la segunda intentona, el gancho agarró. Mayr se colgó de uno de los peldaños y la escalera resistió perfectamente.

—¿Usted primero? —inquirió.

—No hay inconveniente —aceptó Sybil.

—Espéreme arriba. No haga nada sin consultarme antes.

—Está bien, Bob.

La muchacha emprendió el ascenso sin vacilaciones. Mayr quedó al pie, sujetando la escalera con ambas manos, el paraguas colgado del hueco de su brazo izquierdo.

Momentos después, Sybil llegaba a lo alto de la muralla. Mayr la siguió sin vacilar.

Al llegar arriba, vio que se hallaba en un camino de ronda, situado al pie de las almenas. El camino acababa en una puertecita, situada en uno de los lados de un macizo torreón circular.

Abajo se divisaba un patio desierto. Mayr hizo una seña y avanzó a lo largo del camino.

La puerta era pequeña y angosta y estaba construida con gruesos tablones de roble. Había cerrojos, pero no estaban echados. Mayr hizo girar un viejo picaporte de hierro forjado y la puerta se abrió.

Una escalera de caracol apareció ante sus ojos. Mayr encendió su linterna y emprendió el descenso. Sybil bajó a continuación, pisando con gran cuidado. La escalera tenía barandilla protectora y el hueco central parecía tener una profundidad enorme.

Minutos después, alcanzaron un rellano con una puerta. Mayr la abrió cuidadosamente y asomó la cabeza.

Aquella puerta daba a un dormitorio, vacío en aquellos instantes. El naturalista franqueó el umbral de un salto, siempre seguido por Sybil, que no se separaba de él en ningún momento.

El dormitorio era de estilo antiguo y había una lámpara encendida, signo indudable de que su ocupante pensaba utilizar la cama muy pronto. Mayr atravesó la pieza a la carrera y abrió un poco la otra puerta.

La pieza contigua parecía un cuarto de trabajo. Al menos, había un hombre trabajando.

Escribía.

\* \* \*

El individuo contaba unos sesenta años de edad, y tenía blancos los pocos pelos que le quedaban en la cabeza. Usaba unas gafas de gruesos cristales y parecía absorto en su labor.

A Mayr le pareció que copiaba. De cuando en cuando el hombre

alzaba la vista y la fijaba en un papel que tenía delante de aquel en que escribía. La lámpara de mesa poseía un gran poder luminoso.

Mayr se volvió hacia la joven y se puso un dedo en los labios para indicar silencio. Ella asintió con un callado gesto.

Pisando de puntillas, Mayr se acercó por detrás al hombre que escribía, conteniendo incluso la respiración. Por encima de su cabeza, leyó algunos párrafos del escrito original, hecho a máquina:

«Yo, Barry Nilhson, hallándome en uso de mis facultades mentales y con perfecto conocimiento de cuanto estoy haciendo, declaro que todos los bienes que poseo en la actualidad, muebles, inmuebles y de cualquier otra clase que sean míos en la fecha de mi fallecimiento, deberán pasar a poder de mi amada esposa Alexandra, apellidada Nickerson de soltera...»

Al leer aquellos renglones escritos a máquina, Mayr comprendió definitivamente la verdad.

«Debí haberme fijado antes en la coincidencia», pensó.

Sí, era una casualidad... pero buscada deliberadamente. Lord Cullmond no era soltero, pero sí viudo. Es cuanto a Peter Bass y Barry Nilhson, y también él mismo, los tres eran solteros y todos con grandes medios económicos. La cualidad de científico no era sino mera coincidencia,

## CAPÍTULO XII

MAYR tosió.

Al oír la tos, el hombre pegó un brinco en el asiento,  
—¿Eh?

Mayr se separó un paso de la mesa, en sentido lateral.

—Buenas noches —saludó educadamente.

El hombre se puso en pie. Sus ojos estaban dilatados por el asombro.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Nuestros nombres no le dirían nada —sonrió Mayr—. En cambio, yo he podido ver mucho con una sola mirada, señor...

El anciano suspiró.

—Chethall, Ross Chethall —se presentó.

—Falsificador —dijo Sybil.

—El mejor de Inglaterra, aunque retirado —admitió Chethall.

—Y falsifica supuestos testamentos.

Chethall se encogió de hombros.

—A la fuerza —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Sybil.

—Ya estaba retirado —explicó el sujeto—. Pero vinieron a buscarme a mi casa y me trajeron aquí.

—¿Quiénes? —inquirió Mayr.

—Ellas... Son cuatro.

Sybil arqueó las cejas.

—¿Cuatro? —repitió.

—Sí, cuatro... muy hermosas, pero también unas fieras.

Mayr chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —dijo—. Los asesinados son tres y si me cuenta a mí, debíamos de haber sido cuatro. Lo lógico es que, si falsifican testamentos, para cuatro muertos, haya cuatro afligidas «viudas». —sonriendo añadió—. Sybil, tengo ganas de conocer a la «viuda» que me tocó en suerte.

—Jovencito —dijo Chethall—, si yo fuera usted, abandonaría esos propósitos inmediatamente. Hay hombres en el castillo, por supuesto, pero ellas son mil veces peor, a pesar de su belleza.

—Sí, las hembras de la especie —comentó Mayr cáusticamente—. De modo que le eligieron para falsificar los testamentos.

—Sí —confirmó Chethall—. Yo me negué en un principio; ya había abandonado hacía años la «profesión». Voy haciéndome viejo y si vuelvo a la cárcel, pasaré entre rejas el resto de mi vida. No es un panorama que me agrade... pero, ¿qué puede hacer uno cuando le ponen una pistola al pecho?

—Es verdad —admitió Sybil. Miró al naturalista— ¿Qué hacemos ahora, Bob?

Mayr se acarició la mandíbula, e irresoluto.

—Creo que el señor Chethall no es problema para nosotros —contestó.

—Ninguno —aseguró el citado con vehemencia.

—¿Cuántos hombres dice que hay en el castillo?

Mayr se volvió hacia la joven.

—Cuatro.

Mayr se volvió hacia la joven.

—Dos están fuera de combate. Con Pellfort no hay que contar; está a buen recaudo. El cuarto es desconocido para nosotros. Por tanto, mejor será que contemos con ese tipo y olvidemos a los demás, Sybil.

—Sí, Bob. Pero no olvide que hay cuatro mujeres.

—Lo tendré muy en cuenta. Señor Chethall, ¿a quién pertenece este castillo?

—Creo que es alquilado, pero no sé más... No es lugar agradable, ni aún en pleno verano. Resulta más incómodo de lo que parece... Mi reuma se resentirá después de tantos días que llevo aquí —se quejó el falsificador.

Mayr contempló unos instantes el falso testamento. A la

izquierda, sobre la misma mesa, había varias muestras de la letra del profesor Nilhson. Procedían de su propia casa y de la de Stella Brown.

—Se me ocurre una cosa —dijo Mayr—. Usted está falsificando testamentos, redactándolos según un modelo que le ha sido entregado previamente, ¿no es así?

—En efecto —confirmó Chethall.

—En tal caso, ¿por qué no los escribe de forma que se descubra la falsificación?

Chethall sonrió amargamente.

—Por dos razones —dijo—. Una de ellas es que... tras las amenazas de muerte, vino el dinero.

—Comprendo —murmuró el joven—. Si no quería trabajar, le matarían.

—En efecto. Y también me matarán si se descubre, al menos en lo que a mi trabajo concierne, que los testamentos son falsificados.

Mayr se volvió hacia Sybil.

—Una buena idea para hacerse con dinero en abundancia, ¿verdad? —comentó.

Sybil movió la cabeza afirmativamente. Mayr dio una palmada en el hombro del falsificador.

—Continúe, señor Chethall —dijo—. Nosotros no podemos reprocharle nada de lo que está haciendo. Es difícil resistirse, en efecto, a unos argumentos tan poderosos como los que emplearon los miembros de esa cuadrilla de asesinos sin escrúpulos. ¿Vamos, Sybil?

—Sí, Bob.

Mayr se acercó a la puerta y asió al pomo. Antes de abrir, se volvió hacia la muchacha.

—¿Por qué no se queda aquí? —preguntó—. Pueda presentarse un serio conflicto...

Ella hizo un signo negativo.

—No, Bob; iré con usted hasta el fin —respondió.

—Muy bien, en tal caso, vamos allá.

Mayr abrió la puerta. Ahora, pensó, era cuando de veras se iban a enfrentar a los asesinos. «Las asesinas, mejor dicho», se corrigió mentalmente.

Había un corredor con varias puertas, cerradas en aquellos momentos, uno de cuyos extremos daba a una amplia escalinata que conducía al gran vestíbulo de la entrada.

La decoración, muebles, tapices, panoplias y hasta un par de armaduras antiguas, se hallaban en buen estado. Del centro del techo, pendía sobre el vestíbulo una gigantesca lámpara.

Era un artefacto de indiscutible antigüedad, aunque adecuado a la época actual. En tiempos pasados, ardían las velas en la lámpara y para encenderlas, se hacía bajar el aparato por medio de una recia maroma que pasaba por una polea sujeta al gancho del techo y que luego iba a un molinete situado en una de las paredes del vestíbulo.

Ahora, naturalmente, las velas habían sido sustituidas por lámparas eléctricas, aunque de un diseño que armonizase con la decoración. El suelo era de pulidas losas de granito.

La puerta principal se abrió de repente. Dos mujeres entraron en el castillo.

Mayr agarró a Sybil por un brazo y la hizo arrodillarse al pie de la balaustrada del corredor. Las dos mujeres eran jóvenes y muy hermosas, pero en aquellos momentos parecían sumamente irritadas.

—Esos dos estúpidos no aparecen por ninguna parte dijo una de ellas.

—Se habrán despeñado —calculó la otra.

—Con tal de que no hayan sentido miedo y se hayan largado...

—No lo creo La motora estaba en su sitio. Pero el bote de los intrusos está en el fondo del mar. No podrán escapar, Rosie.

—Bien, ahora lo que conviene es averiguar dónde se han metido. Voy a buscar a las otras, Cathy.

—De acuerdo. ¡Ah, Rosie!

—Sí. ¿Qué te sucede?

—¿Dónde está Andy? No tenemos la menor noticia de él ni tampoco de Johnny Ouckra...

Rosie hizo una mueca.

—Nunca me gustó ese maldito Chato —dijo despectivamente—. Era un tipo repelente. En cuanto a Andy, no te preocupes de él; sabe cuidarse bien.

—Puede ser —contestó Cathy en tono dubitativo—. Si ves a

Roger, dile lo que sucede. Yo voy arriba a ver cómo va la labor de ese viejo.

—Conforme, Cathy.

Las dos mujeres se separaron. Mayr y Sybil cruzaron una mirada de inteligencia.

Mayr empujó suavemente a la muchacha por los hombros, haciéndola tenderse cuan larga era. El quedó en el misino sitio, junto al arranque de la escalera, protegido por una sólida pilastra en la que se reunían la balaustrada superior y el pasamanos de la escalinata.

Sonaron pasos que se acercaban rápidamente. Mayr se preparó para actuar

Unas piernas femeninas aparecieron en su campo visual. Alargó ambas manos y asió los tobillos de Cathy, haciéndola caer de bruces.

Cathy lanzó una exclamación de asombro. Apenas caída en el suelo, se revolvió furiosamente, pero entonces, el puño de Sybil le golpeó con fuerza en la mandíbula.

Los movimientos de Cathy cesaron en el acto. Mayr sonrió.

—Bravo, Sybil.

Se puso en pie y agarró a Cathy por las muñecas, llevándosela a rastras hasta una puerta cercana. Sybil adivinó sus intenciones y abrió la puerta, que daba a un dormitorio.

Minutos después, despertó Cathy. Sus ojos miraron con furia a la pareja, pero no pudo hacer nada, ya que estaba sólidamente atada y amordazada con tiras hechas de sábanas.

—Un enemigo menos —dijo Mayr sonriendo, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

Apagó la luz, cerró con llave y guardó esta en el bolsillo. Sybil le aguardaba ya en el corredor.

—¿Y ahora?

—Sígame.

Mayr no habló más. Corrió hacia la escalera y los dos juntos emprendieron el descenso.

Al otro lado de una puerta del vestíbulo sonaban voces humanas. Mayr vaciló un instante.

De repente, una puerta se abrió a sus espaldas y un individuo apareció ante los ojos de la pareja.

Era un sujeto bien parecido, robusto, de poco más de treinta años de edad. Durante un segundo, se quedó desconcertado al ver a los intrusos.

Después, reaccionando, metió mano en el interior de la chaqueta. Pero no pudo sacar la pistola que guardaba en una funda axilar.

La punta del estoque de Mayr se apoyó en su estómago.

—Suelte el arma o le clavo como una mariposa en esa puerta que tiene usted a sus espaldas —dijo con acento lleno de truculencia.

## CAPÍTULO XIII

EL individuo se quedó quieto instantáneamente. Y Mayr hizo un gesto con la cabeza.

—Sybil, pase por detrás y desármelo.

La joven obedeció de inmediato. Mayr sonrió.

—Así están mejor las cosas —dijo—. Usted es Roger, me imagino.

—Sí —admitió el otro a regañadientes.

—Roger, ¿qué más?

—Poulson.

—¿Cuál es la dama que le ha tocado a usted en suerte? —preguntó Sybil.

Poulson se asombró de la pregunta.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Sí, hay cuatro mujeres. Martha, Sandra, Rosie y Cathy. Los hombres son Andy, usted, Misha y el que se apellida Bafd.

—Con el Chato no hay que contar. Es el que hacía muchos de los trabajos sucios, ¿verdad? —añadió Mayr sonriendo.

—Bueno, sí estábamos emparejados...

—Bien, en ese caso, diga ahora el nombre de su patria femenina. La punta del estoque seguía presionando.

De mala gana, Poulson respondió.

—Mi pareja es Cathy Mills.

Mayr y Sybil cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Cuál es su papel en la banda? —inquirió el naturalista.

—Soy... bueno, experto en electrónica —le declaró Poulson.

—Eso explica la destrucción de los envíos mortíferos que hacía la floristería —dijo Mayr—. Usted construyó los artefactos, ¿no?

—Sí.

—¿También el aparato que lanzaba agujas al corazón de las personas? —inquirió Sybil.

—También.

—¿Quién lo usa?

—Sandra.

—¿Solo ella?

—Nadie más.

—Entonces, Sandra es la que asesinó a Bass y a Nilhson.

Poulson apretó los labios.

—Vamos, confírmelo —pidió Mayr.

—Sí, ella fue.

—Pero las otras estaban de acuerdo con ella.

—Claro —sonrió Poulson despectivamente.

—Se me ocurre una idea —dijo Sybil de pronto.

—Hable —pidió Mayr.

—Es una banda de asesinos, en efecto, pero alguien la dirige, Bob.

—La firma Nickerson y Pellfort.

—Exactamente.

Mayr volvió los ojos hacia su prisionero.

—¿Es cierto?

Poulson hizo un ligero encogimiento de hombros.

—¿Para qué negarlo? —contestó desanimadamente.

La puerta de entrada se abrió de repente y un hombre entró tambaleándose en el vestíbulo.

—¡Roger! —exclamó—. Los intrusos...

Sybil se volvió velozmente y apuntó a Bafd con la pistola del prisionero.

—Los intrusos están aquí —dijo—. ¡Levante las manos!

—Chica valiente —sonrió Mayr.

Bafd obedeció, terriblemente asombrado.

—Dígale que se acerque —ordenó Mayr.

Bafd caminó, aún con torpeza. Era evidente que aún le duraban los efectos de la pedrada.

—¿Pero, cómo...? —gruñó.

Mayr se volvió hacia Sybil.

—Tenemos que buscar un lugar para esconder a esta pareja, bien atados y amordazados —dijo.

—Sí. Espere, yo iré.

Mayr se dirigió entonces a Bafd.

—No hable, no grite, no haga nada... o atravesaré a su compinche de parte a parte, ¿está claro?

—¡Por el amor de Dios, Kent! —rogó Poulson, lívido de pánico—. Haz lo que te dice o me matará.

—Todavía no estamos derrotados —gruñó Bafd.

—¿De veras? —rio Mayr—. Ya solo quedan tres mujeres en danza. Con el Chato no hay ni qué contar, y lo mismo con Pellfort y con el tipo llamado Misha. La banda está deshecha, muchachos.

—Aún nos queda alguna carta en reserva —insistió Bafd.

—Seguro —dijo Mayr—. La única carta que les queda es llamar a las mujeres y hacerlas salir de donde estén manos en alto. De lo contrario, el estómago de Poulson sufrirá las consecuencias.

—Anda, llámalas, Kent —gimió el aludido.

—Sí, haga lo que le dicen —sonrió Mayr—. Creo que están en alguna habitación de la planta. Asómese y dígales que vengan una a una, con las manos en alto.

—No será necesario, profesor Mayr —habló una mujer de repente—. Ya estamos aquí las tres... y las tres bien armadas. ¡Suelte su estoque o le atravesaremos a tiros!

\* \* \*

Después de aquellas palabras hubo una pausa de silencio.

—¿Sandra? —preguntó Mayr al cabo.

—La misma. Kent, quítale el estoque —ordenó Sandra Nickerson.

—¡Cuidado! —advirtió Mayr con voz metálica—. Aún puedo empujar a fondo y traspasar el cuerpo de Roger. Luego me acribillarán ustedes a balazos, como han prometido, pero él ya no podrá contarlos.

Bafd había dado un paso hacia el joven, pero se detuvo en seco al escuchar aquellas palabras. Sandro, Martha y la otra vacilaron.

—Sandra —dijo Mayr, satisfecho de haber resuelto la situación—, inclínese y deje su pistola en el suelo. Martha y Rosie harán lo

mismo, ¿entendido?

—¿Y si le dijéramos que Roger no nos importa en absoluto?

—Si no les importase nada, ya habrían disparado contra mí.

De nuevo volvió el silencio. Al fin, Sandra, de mala gana, se inclinó y dejó la pistola en el suelo.

Martha y Rosie la imitaron. Martha preguntó:

—Profesor, ¿qué ha sido del Chato?

—Se cayó por el agujero que daba al colector —le espetó Mayr. ¿Dónde diablo estaba Sybil?, pensó impaciente.

—¿Lo lanzó usted?

—Hombre, me busqué un sustituto para un viaje que no me gustaba nada,

—¿Y Andy Pellfort?

—Fuera de combate.

—¿Muerto? —exclamó Sandra,

—No he dicho tal —sonrió Mayr por encima del hombro. Miró un instante a Sandra, con un rápido volteo de cabeza, pues estaba de espaldas a ella y advirtió que era una mujer de notable belleza —. ¿Cómo se les ocurrió la idea de «heredar» a cuatro científicos de valía? —preguntó.

—Era una buena idea —contestó Sandra.

—Y lo sigue siendo —añadió Martha hoscamente.

—Sí, sobre todo, considerando que el señor Chethall está arriba, «fabricando» testamentos. ¿Quién iba a ser mi «viuda»?

—Yo —contestó Rosie.

—No está mal. Naturalmente, se habría tratado de matrimonios supuestamente secretos.

—Sí —confirmó Sandra.

—¿Qué papel pintaba Judith Crowan en la banda?

—Ninguno —respondió Sandra—. Yo la sondeé y me convencí de que no se uniría a nosotras.

—Pero Martha sí aceptó.

—Se trata de cientos de miles de libras —dijo la interesada.

—Para gastárselas luego con sus cuatro amiguitos, ¿no?

—Bueno, el fin del dinero, es ese, ¿no? —admitió Martha cínicamente.

—Si tiene y no se gasta, es cómo si no se tuviera —añadió Rosie.

—Una excelente manera de pensar —comentó él—. Pero no está

bien que se consiga el dinero a costa de las vidas de las personas.

—Los medios no importan —dijo Sandra—. Es el fin lo que interesa, se llegue a él como se llegue.

—Una filosofía nada original.

—Pero positiva.

—¿Usted cree? Sus crímenes ya se han acabado.

—No hay pruebas —intervino Rosie.

—¿Está segura? En los cuerpos de Bass y de Nilhson quedaron sendas agujas de acero, de unos diez centímetros de largo, por dos milímetros de grueso. Están en poder de la policía.

—Pero no se puede demostrar que yo las haya disparado —dijo Sandra.

Mayr fijó los ojos en Poulson.

—¿Construyó usted el arma que disparaba esas agujas? —inquirió.

Poulson hizo un leve movimiento de cabeza.

—Sí —contestó con voz tenue.

Con el rabillo del ojo, Mayr se fijó en que la puerta que daba al interior, probablemente a los servicios, estaba entreabierta. Solo una rendija, pero lo suficiente para que a través de la misma pasara una bala.

Respiró aliviado. Sybil le estaba protegiendo con su pistola. Era mejor así, que no haciéndose visible.

De repente, aprovechando un momento de distracción, Bafd se lanzó sobre Mayr y le propinó un terrible empujón, arrojándole a un lado.

Sandra lanzó un aullido:

—¡Bravo, Kent!

Mayr perdió el estoque. Antes de que pudiera recuperarlo, Bafd le asestó una terrible patada en un costado, dejándole entumecido y sin aliento. El dolor nubló sus ojos.

«Sybil, ¿por qué no me ayudas?», pensó.

Sandra lanzó un grito:

—¡Arriba con él! ¡Quiero terminar en persona, yo misma, con ese maldito entrometido!

Dos pares de brazos levantaron a Mayr en vilo. El naturalista sacudió la cabeza, procurando alejar de sus ojos las brumas que le impedían una correcta visión de los objetos.

Sandra avanzó lentamente hacia él, con la sonrisa en los labios.

—Era hora de acabar con un tipo que no ha hecho más que fastidiarnos durante todo el tiempo —dijo. Tenía en las manos una gran pitillera de plata, como disponiéndose a fumar—. Rosie Wynant será su «viuda» profesor. ¿No le gusta?

Mayr volvió los ojos hacia la aludida. Haciendo un esfuerzo, contestó:

—¡Psé, no está mal!

—Alguien la consolará muy pronto de su «viudez», ¿no es cierto, Kent Bafd?

El interpelado lanzó un gruñido de impaciencia:

—Vamos, acaba pronto con él —pidió:

—Ahora mismo —accedió Sandra con fingida benevolencia. Presionó un resorte de la pitillera y algo salió disparado hacia el pecho de Mayr.

El naturalista se estremeció bruscamente unos segundos. Sus rodillas se doblaron, cerró los ojos y, falto del apoyo de las manos de sus captores, cayó al suelo.

Sandra agitó un brazo.

—¡Vamos, busquen a la chica! —gritó.

## CAPÍTULO XIV

**B**AfD se lanzó hacia la puerta. Esta se abrió de pronto y un objeto redondo y brillante voló hacia la cara del sujeto.

BafD gritó de dolor al sentir en la cara el impacto de una pesada olla de acero inoxidable. Vaciló unos momentos, dejando paso libre a Poulson.

Otra olla voló por los aires. Poulson se agachó y el improvisado proyectil alcanzó de lleno a Rosie en el estómago, dejándola sentada instantáneamente.

Poulson siguió adelante. Sybil blandió una sartén y le golpeó en la cabeza, derribándole sin sentido. La sartén vibró como un gong.

Pero BafD se había rehecho ya y saltó sobre Sybil, agarrándola antes de que la muchacha pudiera coger otro utensilio de cocina. Asió sus brazos y la sacó a rastras al vestíbulo.

—Sujétala bien —dijo Sandra—. Yo en persona me encargaré también de ella.

Mayr entreabrió un ojo.

Sandra estaba muy ocupada en poner otra aguja en el infernal artefacto que era la pitillera. Martha presenciaba la operación en silencio, mientras Rosie aparecía muy ocupada, dándose friegas en el estómago.

El estoque yacía en el suelo, al alcance de la mano de su dueño. Mayr se percató de que la maroma que sujetaba la gran lámpara estaba a menos de un metro de distancia, sobre él. Había ido a caer justamente bajo el grueso cabo.

«¿Podré cortarlo de un solo tajo?», pensó.

Bafd sujetaba a Sybil por los brazos, situado detrás de ella. Sandra avanzó dos pasos y se colocó frente a ella.

—Lo siento, entrometida —dijo.

En aquel momento se abrió la puerta.

—¡Los intrusos están aquí! —gritó Misha.

Martha rio sarcásticamente.

—Noticia fresca —dijo—. Uno de ellos ha muerto ya. La otra va a morir ahora mismo.

Misha lanzó una ojeada a la escena.

—Bueno, por mí, que se acabe esto cuanto antes —declaró, a la vez que avanzaba por el centro del vestíbulo.

Y en aquel preciso instante, el estoque se movió velozmente, describiendo un arco centelleante. Su filo cortó la maroma y la lámpara inició un rápido descenso.

Se oyó un aterrador alarido y luego un tremendo estrépito. El suelo vibró con fuerza.

Martha lanzó un agudo chillido de pavor. Mayr, supo aprovechar la ocasión y se puso delante de Sybil, en el momento justo en que Sandra lanzaba su nuevo proyectil.

Mayr sonrió.

—Tengo puesta una plancha de corcho debajo de la camisa —explicó.

Los ojos de Sandra expresaban la furia que sentía.

—¡Una pistola! —chilló de repente—. ¡Quiero matarlo a tiros!

Era una mujer enloquecida por el ansia de matar. Pero Mayr no le dejó conseguir sus propósitos.

El estoque se movió horizontalmente, golpeando de plano y con fuerza el estómago de la mujer. Sandra se inclinó agónicamente.

Mientras, Sybil taconeaba con furia uno de los pies de Bafd. El individuo empezó a dar ridículos saltitos, a la vez que lanzaba unos estremecedores chillidos de dolor.

Sandra seguía aún inclinada hacia adelante. Mayr la golpeó de nuevo, esta vez en su carnoso final de espalda y la mujer saltó hacia adelante, cayendo al suelo, en donde quedó sollozando de dolor y de vergüenza.

En aquel momento, Mayr se percató de que Martha intentaba recoger una de las pistolas caídas en el suelo. Mayr se quitó el sombrero hongo, y lo lanzó como si fuera un disco volador, pero

moviendo la mano derecha de una forma peculiar.

El sombrero voló por los aires y alcanzó a Martilla en el brazo. Se oyó un chasquido aterrador. Martha cayó por el suelo, revolcándose a causa del dolor que le producía el brazo fracturado, por el cerco de acero forrado de fieltro.

Rosie estaba espantada. La vista del cuerpo de Misha, aplastado bajo la pesada lámpara, le había hecho perder el ánimo por completo.

La puerta del castillo se abrió de pronto y varios hombres, alguno de ellos, con uniforme azul, irrumpieron en el vestíbulo.

Mayr miró al hombre que encabezaba el grupo y sonrió:

—Se ha hecho esperar bastante, inspector McGowern —dijo. Movié la mano en arco y añadió—: Aquí tiene usted a sus prisioneros.

Sandra se incorporaba en aquel momento. Al ver a los policías, empezó a llorar amargamente.

\* \* \*

—Y yo, venga apretar el gatillo y el tiro no salía ni a la de tres —dijo Sybil—. Cuando me di cuenta de que aquella pistola no funcionaba, empecé a usar olla y cacerolas...

Mayr sonrió.

—Te olvidaste de quitar el seguro, preciosa —dictaminó.

—Bueno —Sybil se puso colorada—. La verdad es que no estoy muy acostumbrada a usar armas de fuego.

—Pero sí a usar cacerolas. ¿Siempre las empleas como proyectiles?

Ella sonrió.

—Ordinariamente, las empleo para guisar —contestó.

—¿Qué tal se te da la cocina? —preguntó él.

—¿Necesitas cocinera?

—Más que cocinera, necesito esposa.

—Ah —dijo ella—. Bob, ¿cómo llegó tan tarde la policía? —preguntó.

Mayr se echó a reír.

—Se les estropeó el motor. Habíamos quedado en que llegaríamos juntos, aunque yo entraría para facilitarles las cosas y que los sorprendieran con las manos en la masa, pero no pudo ser.

—Tuvimos que hacerlo todo nosotros —suspiró ella—. Oye, ¿sigue en pie tu oferta de matrimonio?

Mayr avanzó hacia la joven y la encerró entre sus brazos.

—Si no te importa casarte conmigo...

Sybil le besó suavemente.

—No es que no me importe, es que no deseo otra cosa —respondió—. Bob, ¿por qué se refugiaban en Barrow Castle?

—Bueno, hay cosas que una chica decente no debiera saber. Aparte de tener en seguridad a Chethall, organizaban allí unas orgías tremendas. Incluso han aparecido restos de drogas.

—¡Qué desvergüenza! —se escandalizó Sybil—. Y, seguramente, para mantener su tren de vida, idearon el plan de matar a varios sujetos con dinero.

—Sí. Realmente, todo lo hicieron entre Sandra y Martha, que eran quienes dirigían en realidad la cuadrilla.

—¿Y Bass? ¿Cómo sabía lo de Barrow Castle?

—Hizo ese dibujo mientras conversaba con Sandra y antes de que esta lo asesinase. P. H., significa Phantom Hill, la Colina del Fantasma, que es así como se denomina a la cumbre de Minor Island. Bass había estado en tiempos en Minor Island y realizó el dibujo maquinalmente. Según ha declarado Sandra, su primera intención era llevárselo a la isla, pero al negarse Bass a ese viaje, lo mató en su propia casa.

—Lo cual significa que Bass dejó la pista involuntariamente.

—Sí. A veces, uno, cuando habla con otro y está atendiéndole, hace algún dibujo o traza líneas sin significado alguno... En el caso de Bass, fue su subconsciente, mientras hablaba con Sandra, el que le hizo trazar el perfil de Minor Island, con Phantom Hill y el castillo en la cima.

Sybil suspiró.

—Bueno, podré hacer un magnífico reportaje... que será el último, supongo.

—En efecto. A tu futuro esposo no le interesa que su mujer trabaje... si no es con ollas, cacerolas y sartenes...

Sybil rio alegremente.

—El trabajo de esposa me gustará muchísimo —afirmó, besándole nuevamente.

FIN



Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)  
**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.** Impreso en España

# NOTAS

[1] Téngase en cuenta que en Inglaterra se conduce por la izquierda y, en los coches, el volante está a la derecha. (N del A.)